
LA NUEVA VECINA
Clara Serrano

# La nueva vecina

Clara Serrano

2026-05-12

# La nueva vecina


- La nueva vecina
- Edición y créditos
- Dedicatoria
- Antes de empezar
  - Capítulo 1 · La bandeja
  - Capítulo 2 · La noche del seto
  - Capítulo 3 · La urbanización opina
  - Capítulo 4 · La pregunta de Olivia
  - Capítulo 5 · La búsqueda
  - Capítulo 6 · La pantalla del marido
  - Capítulo 7 · El dibujo
  - Capítulo 8 · Eulalio
  - Capítulo 9 · La cena de bienvenida
  - Capítulo 10 · La nana
  - Capítulo 11 · La llave
  - Capítulo 12 · La cerradura
  - Capítulo 13 · Álvaro se cierra
  - Capítulo 14 · La compañera del cole
  - Capítulo 15 · La caja del ático
  - Capítulo 16 · La Polaroid
  - Capítulo 17 · Beatriz
  - Capítulo 18 · El notario
  - Capítulo 19 · La pesadilla
  - Capítulo 20 · La cita con el notario
  - Capítulo 21 · Las treinta y siete cartas
  - Capítulo 22 · La ventana
  - Capítulo 23 · El reencuentro silencioso
  - Capítulo 24 · La carta de dos mil diecisiete
  - Capítulo 25 · El nombre raro
  - Capítulo 26 · La pregunta directa
  - Capítulo 27 · La verdad de Álvaro
  - Capítulo 28 · El segundo escondite

Capítulo 29 · El hospital
Capítulo 30 · La residencia
Capítulo 31 · La botella de vino
Capítulo 32 · Las tres horas
Capítulo 33 · El silencio del lunes
Capítulo 34 · La cicatriz pública
Capítulo 35 · La grabación
Capítulo 36 · La cafetería
Capítulo 37 · La grabación tirada
Capítulo 38 · El abogado
Capítulo 39 · La audiencia
Capítulo 40 · La caja del ático
Agradecimientos
Otras obras de Clara Serrano
Una nota de la autora

# La nueva vecina

**Clara Serrano**

# Edición y créditos

*La nueva vecina* · Primera edición · Mayo 2026.

© 2026 Clara Serrano. Todos los derechos reservados.

Esta obra es ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, lugares concretos o acontecimientos verídicos es pura coincidencia narrativa. Las localizaciones de Pozuelo de Alarcón, Salamanca, Madrid y otras ciudades reales se utilizan únicamente como marco geográfico de la trama; los nombres de la urbanización «Las Encinas Bajas», la inmobiliaria, los profesionales y los vecinos son inventados.

Publicado en formato Kindle eBook por la autora a través de Amazon Kindle Direct Publishing.

Diseño de portada: Clara Serrano.

Para ponerte en contacto con la autora o seguir sus próximas novelas, visita su página de Author Central de Amazon.

# Dedicatoria

A las hermanas que nunca se fueron del todo.

Y a las madres que se llevaron secretos a la tumba con la mejor intención del mundo.

# Antes de empezar

Si esta novela te llega de verdad y te quedas pensando en ella al cerrar la última página, considera dejar tres frases honestas en su reseña de Amazon. Para una autora independiente como yo, las reseñas valen más que cualquier campaña de publicidad y son lo que permite que el libro siguiente exista.

Gracias por darle una oportunidad.

— C. S.

# Capítulo 1 · La bandeja

Hago bizcochos de naranja porque mi madre los hacía y porque los vecinos se acuerdan de las cosas que se les llevan en bandeja, no en plato de papel. Eso lo aprendí en mi primer otoño en Las Encinas Bajas, hace catorce años, cuando los Bermejo me trajeron una empanada en bandeja y yo tardé tres meses en devolverla. Una bandeja exige reciprocidad. Un plato de papel se tira.

Son las cuatro y veinte de la tarde de un sábado de septiembre. La nueva vecina lleva cinco días en la casa adosada de al lado y todavía no se ha pasado a saludar. Lo normal sería esperar — a veces la gente necesita una semana antes de cruzarse con los demás — pero Olivia me ha preguntado tres veces esta mañana si la señora de al lado «también va a venir a la fiesta». No hay fiesta. Tampoco hay forma de explicarle a una niña de siete años por qué su madre tarda en saludar a alguien que ya está allí.

Saco la bandeja de plata fina que era de mi suegra. La pongo encima del paño de cocina blanco, el de las ocasiones tibias. Coloco los seis bizcochos en círculo. Una pequeña tarjeta en el centro: *Bienvenida a Las Encinas. Marta y familia. Casa 14.* Bolígrafo negro. Letra clara. La metí en un sobre de papel kraft que compré para envolver muestras de tela de un cliente y que lleva tres meses esperando.

Cruzo el seto por el portón pequeño de servicio, no por la calle. Mi madre habría dicho que es de mala educación entrar por el portón pequeño cuando se conoce poco a alguien. Mi madre, Mercedes, llevaba ocho años muerta y aún seguía dictándome las normas. Igual era ese el problema. Igual no había forma de que me dejara en paz.

Toco el timbre. Espero diez segundos. Toco otra vez.

La puerta se abre.

Sofía está en chándal beige, descalza. Pelo recogido en una coleta baja. Cuarenta y tantos. La altura mía. Los ojos del color exacto del avellano que tiene plantado mi padre — bueno, el que tenía mi padre — en el patio de la residencia. Sonríe. No enseña los dientes.

—Marta, ¿no? —dice, antes de que yo abra la boca.

—Sí. Te traigo —digo, levantando la bandeja como un escudo—, te traigo unos bizcochos. Bienvenida a la calle.

Sofía mira la bandeja. Mira la tarjeta. Mira mis manos. Vuelve a mirar mis ojos. Tarda medio segundo de más.

—Qué amable. Pasa, mujer, deja eso aquí.

Entro. El recibidor de las casas adosadas de Las Encinas Bajas es siempre el mismo: cuatro metros cuadrados, suelo de mármol travertino, una puerta a la derecha que da al salón, un aparador bajo a la izquierda. Sofía ha puesto un aparador antiguo de pino que no es del catálogo de la urbanización. Lo trajo ella. La diferencia se nota. Eso, y un espejo redondo encima.

Pongo la bandeja en el aparador.

—Justo Olivia me había hablado de ti —dice Sofía.

Me quedo con las dos manos todavía sobre la bandeja. No las he soltado. Olivia tiene siete años. Olivia no sale del jardín sin supervisión. Sofía lleva cinco días en la urbanización. No coincide.

—¿Olivia? —digo.

—La pequeña, ¿no? Olivia, ¿se llama así? La vi por la valla el martes, jugando con un peluche. Le pregunté cómo se llamaba ella y cómo se llamaba el peluche. Me respondió las dos cosas. Y me dijo que su madre era arquitecta y que se llamaba Marta.

Suelto la bandeja.

—Ah —digo.

Pero por dentro estoy haciendo cuentas. El martes Olivia tenía cole hasta las cuatro. Salió, vino a casa, merendamos las dos juntas en la cocina, después estuvo en la sala leyendo un libro de las princesas que su abuela paterna le regaló en julio, después la subí a bañarse a las siete y media. No salió al jardín. Estoy segura. Estoy segura porque a las cinco yo estaba con un cliente en el estudio que da a la cocina y se ven los dos jardines, el delantero y el trasero, desde mi mesa. Olivia no salió al jardín.

Pero igual sí salió y yo no la vi.

Igual.

—Qué simpática es —dice Sofía, y sonríe otra vez sin enseñar los dientes—. Te tiene que dar muchas alegrías.

—Muchas —repito.

Levanto la mano para tocarme el lóbulo de la oreja izquierda. La bajo a la mitad. Sofía no debería notar todavía mis tics. No tan pronto. Es maleducado dárselos a desconocidos.

—Bueno —digo, retirándome dos pasos hacia la puerta—. Que aproveches los bizcochos. Si te apetece tomarte un café algún día con María y conmigo, ya te lo diremos.

—Cuando quieras.

Me doy la vuelta. Pongo la mano en el picaporte. Y entonces la veo.

Encima del aparador, junto a la bandeja, hay una foto enmarcada. Marco fino de madera oscura. Una niña de unos seis años, sentada en un columpio de un parque que no es el de Pozuelo, con una

camiseta amarilla y unas coletas torcidas. Sonríe a cámara, una sonrisa con un diente menos en la fila de abajo.

La niña soy yo.

Y entonces, mientras Sofía cierra la puerta detrás de mí, vi la foto. La niña era yo. Yo a los seis años. Y nadie en este mundo, salvo mi madre muerta, tenía esa foto en sus manos.

# Capítulo 2 · La noche del seto

A las tres y dieciséis de la madrugada me incorporo en la cama sin haber decidido hacerlo.

Álvaro respira pesado. Lo conozco — está en la fase profunda. Esa fase en la que podría sonar el timbre y él no se enteraría. Le envidio la capacidad. Yo he perdido el sueño profundo el día que mi madre me dijo que podía ir sola a la heladería de la esquina si me llevaba a Isabel. Eso fue en el setenta y ocho, cuando teníamos cuatro años. La capacidad de dormir profundamente murió ese día y todas las noches desde entonces. Algo tiene tener una hermana melliza desaparecida — eso, y una madre que te dejaba ir sola a los cuatro años con la otra.

Me levanto. Cojo la bata. Me doy cuenta de que sigo apretando el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Me obligo a parar.

Voy a la ventana del dormitorio. La ventana da al lateral derecho de la casa, hacia la casa de Sofía. Hay un seto de aligustre entre nosotras, alto pero no completo — desde la primera planta se ve por encima del seto el tejado de Sofía y la mitad superior de su salón.

La luz de su salón está encendida.

Son las tres y dieciséis de la madrugada. La luz lleva todo este rato encendida. Con seguridad la encendió antes — no me había levantado, no había mirado. Pudo encenderse hace una hora, hace tres, hace siete. Una mujer sola, despierta a esta hora un sábado.

Me acerco al cristal. Apoyo la frente en el vidrio frío. La temperatura del cristal contra la frente es lo único concreto en la casa a esta hora.

Sofía está en su sofá. La veo desde aquí porque las casas de Las Encinas tienen los salones con cristaleras grandes hacia los jardines y la disposición es simétrica. Mi salón mira hacia el suyo. El suyo mira hacia el mío. Una idea brillante del arquitecto en mil novecientos noventa y ocho, no mía.

Sofía está sentada en el centro del sofá. Lleva un pijama gris claro. Frente a ella, en la mesa baja, una caja. Una caja de cartón, no muy grande — del tamaño de una caja de zapatos, pero más ancha. La caja está abierta. Sofía mete la mano dentro, saca algo — no veo qué — lo mira en silencio durante un segundo, lo deja sobre la mesa. Mete la mano otra vez. Saca otra cosa. Lo mira.

Lo hace cuatro veces.

A la cuarta, levanta la cabeza. Mira por su cristalera hacia mi casa.

Me aparto.

Me aparto tan rápido que el lóbulo de la oreja izquierda me da un tirón porque no me había dado cuenta de que volvía a apretármelo. Vuelvo a la cama. Me meto bajo el edredón con la bata puesta. Álvaro respira pesado a mi lado.

¿Qué hay en esa caja que mira Sofía a las tres y dieciséis de la madrugada un sábado, sola, en una urbanización donde no conoce a nadie y en la que llegó hace cinco días?

# Capítulo 3 · La urbanización opina

María Bermejo entra en mi porche el domingo a las once con dos vasos de cartón del Starbucks de Pozuelo Centro. Los pone sobre la mesa de teca, se sienta enfrente de mí en la silla baja, se quita las gafas de sol, se las cuelga del cuello del jersey, y me mira como si supiera de antemano lo que voy a decirle.

—¿Qué te pasa? —dice. No es pregunta retórica. María nunca hace preguntas retóricas. Las dejó cuando murió Pablo.

Cojo el café. Cortado. Me lo trae cortado desde 2018, el año que dejé de llevar leche en el café porque tenía un cliente que se desayunaba siempre conmigo en la casa que le estaba reformando y aprendí a tomarlo así, oscuro y corto. Después el cliente se fue de nuestras vidas pero el cortado se quedó. María lo recuerda. Es una de las razones por las que somos amigas.

—La nueva vecina.

María entrecierra los ojos.

—¿Sofía?

—Sí.

—Qué simpática es, ¿no? —dice—. Yo me la encontré en el contenedor de orgánico el jueves. Llevaba la basura en una bolsa de tela. Me dijo: «Hola, soy Sofía, perdona si te parece raro pero he heredado la disciplina de no usar bolsas de plástico de una tía mía suiza». Me reí. Se notaba que era verdad. La gente que te miente no te da explicaciones de tías suizas.

—Ya.

—¿Por qué? ¿No la conoces todavía?

—Ayer le llevé una bandeja. Me dijo —miro mi cortado y me obligo a no apretar el lóbulo de la oreja— me dijo que Olivia ya le había hablado de mí.

María bebe un sorbo. Pone el vaso en la mesa.

—Pues sí, Olivia es muy lanzada —dice—. Te lo invento todo. Si la dejas, te presenta hasta al cartero. Pablo decía que los hijos pequeños son embajadores sin filtro. Yo, cuando murió, lo único que conservé fue eso. Eso y la cuenta corriente.

Sonríe. Me ofrece la sonrisa con la que neutraliza casi todo: la viudedad, las facturas que paga sin entender, la tristeza que se cuela en los aniversarios. Una sonrisa de quien decidió hace dos años que el sentido del humor es un bien que se elige conservar.

—El martes Olivia no salió al jardín —digo.

—¿Estás segura?

—Yo estaba en el estudio. Veo el jardín desde la mesa.

—Marta —dice María, y se inclina hacia delante—. Es una niña de siete años. ¿De verdad has visto el jardín entero, las dos plantas, todas las dos horas, sin perder ni un minuto a un cliente o a un correo? Igual salió treinta segundos. Igual el jueves. Igual ayer. Igual le dijo el nombre por la valla a otra persona y Sofía lo escuchó. Igual.

Bebo el cortado. Está casi frío. María se compra el café en Starbucks y luego lo trae andando por la calle del paseo de los Castaños, son seis minutos, no llega caliente nunca. Le he dicho mil veces que se compre una de esas tazas térmicas. Ella me dice que los cafés en taza térmica saben a coche. No insisto.

—¿Tú no te ha llamado la atención nada de ella?

María piensa. Es un gesto que aprendió a hacer en serio cuando empezó a quedarse sola: piensa antes de responder cosas que antes habría contestado de inmediato. Cuando llevas dos años sin tener a nadie con quien contrastar las opiniones, aprendes a contrastarlas tú misma antes de soltarlas.

—Que está sola —dice—. Que se ha mudado sola a una urbanización de familias. Eso es raro. Pero hay mucha gente sola, Marta. Hay mucha gente que decide que la urbanización de familias es justo lo que necesitan, porque así parece que tienen una.

—¿Tú lo entenderías?

—Yo lo entiendo perfectamente. ¿Tú no te diste cuenta de que yo me quedé aquí en lugar de irme a un piso del centro, después de Pablo? Pues por eso. Porque aquí, a las nueve de la noche, hay luces encendidas en las ventanas. Hay perros que ladran. Hay niños tuyos en mi puerta pidiéndome que les abra porque se les ha caído la pelota en mi jardín. La pelota que vosotros, ya tienes tres, podríais haberles enseñado a recoger sin pedir permiso, pero esa es otra discusión.

Sonrío. María sabe hacerme sonreír. Es la otra razón por la que somos amigas.

—No le des más vueltas a Sofía —dice—. Es una mujer que lleva una semana en una calle de chalets, que ha traído un aparador antiguo, que sonríe sin enseñar los dientes y que toma la basura en bolsa de tela. Es exactamente lo que parece. La urbanización está unánime.

—¿Has hablado de ella con los demás?

—Con todos. Con los Pereda, con los Casals, con la mujer del veterinario. Hubo cena de hombres el viernes, los maridos fueron, Pablo —dice Pablo y se corrige al instante, no debería decir Pablo, lleva dos años corrigiéndose— Carlos, el de los Pereda, me lo contó al día siguiente. Encantadora. La palabra exacta de Carlos.

Recojo los vasos. Son nuestras costumbres: ella trae el café, yo recojo los vasos. María se despide sin abrazo. No nos abrazamos a las once de la mañana, eso lo dejamos para los aniversarios.

Cuando entro en la cocina con los dos vasos vacíos aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice, lo aprieto despacio cinco segundos, lo suelto. Y comprendo, en un instante muy claro, que la única persona en Las Encinas Bajas que tiene dudas sobre Sofía Cárdenas soy yo.

# Capítulo 4 · La pregunta de Olivia

El lunes, a las cinco menos cuarto, recojo a Olivia del cole en el Mini Cooper. Hugo se queda en extraescolar de fútbol hasta las seis y media. Esos cuarenta y cinco minutos los robo siempre para Olivia y para mí: pasamos por la heladería del paseo, ella pide un cucurucho de limón, yo no pido nada porque he aprendido a no acompañar el azúcar de los hijos con azúcar propia. Hablamos. Olivia es una niña que habla, no en cantidad sino en peso — dice tres frases por viaje, pero las tres dan para pensar dos días.

Hoy lleva las coletas torcidas, una más alta que la otra. Se las ha hecho ella en el baño del cole después de comer. Ya no me deja peinarla por la mañana. Lleva un mes diciéndome que ella sabe hacerlo. A veces sale así, asimétrica.

—Mamá.

—Dime.

—¿Tú tenías una hermana?

Aprieto el volante.

Estamos en el paseo de los Castaños, cruzando el semáforo de la calle Bernabeu. Verde para nosotras. Sigo de frente. Pero he apretado el volante.

—¿Por qué me preguntas?

—Sofía me dijo que sí.

Freno. Freno demasiado para la calle. El coche detrás toca el claxon. Pongo el intermitente y me arrimo al carril de la derecha. No paro del todo — la calle no permite — pero bajo a treinta. El conductor de detrás me adelanta echándome un gesto de cuál es tu problema. Yo

no lo veo. Yo solo veo a Olivia en el espejo retrovisor: lleva el cucurucho derritiéndose sobre la mano izquierda y me mira con la pregunta esperando una respuesta como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Cuándo te dijo eso Sofía?

—Esta mañana. Cuando el papá nos llevó al cole. Me la encontré en la verja, porque ella estaba sacando la basura. Y me dijo: «Olivia, ¿le dijiste a tu mamá que vine a verla el sábado?». Y yo le dije que sí. Y después me dijo, pero como si no lo hubiera dicho, me dijo: «Tu mamá tenía una hermana, ¿sabes?». Y yo dije que no sabía. Y ella sonrió.

Bajo todavía más la velocidad. Estoy a veinte. La calle está casi vacía, son las cinco menos diez de un lunes, los demás todavía no han salido del cole.

—Olivia.

—¿Qué.

—¿Cuántas veces te has cruzado con Sofía esta semana?

Olivia mira al cucurucho. El helado le ha llegado a la muñeca. Saca la lengua. Se lame la muñeca.

—Tres. El martes por la valla — esa fue la primera. El jueves cuando volví del cole y papá me dejó cinco minutos sola en el portal porque tuvo que coger una llamada. Y esta mañana.

—El jueves.

—Sí. Cinco minutos. No me daba miedo porque Sofía estaba al otro lado de la calle saludando.

Aparco en la puerta de la heladería. Apago el motor. Me bajo. Voy a la puerta de Olivia. La saco. Le quito el cucurucho de la mano, le limpio la muñeca con el pañuelo de papel del bolso, le hago una señal de que no entremos, que volvemos al coche.

—Mamá, ¿no merendamos hoy?

—Hoy te llevo el helado a casa. ¿Tienes el de chocolate en el congelador?

Olivia me mira como si yo me hubiera vuelto extraña. Asiente. Vuelve al coche. Yo cierro la puerta detrás de ella, doy la vuelta, me siento al volante, y antes de arrancar me aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice durante diez segundos. Luego me obligo a respirar tres veces seguidas con los ojos cerrados como me enseñó la psicóloga en 2019.

Yo no le he hablado nunca a Olivia de Isabel. Nunca. Hugo lo sabe — se lo conté cuando cumplió ocho años porque encontró una foto en una caja del trastero. Pero a Olivia, no. A Olivia la decisión era contárselo a los diez, igual que a Hugo. Era una decisión consciente. Era una decisión consciente y la había tomado con Álvaro y con la psicóloga a los pocos meses de que naciera.

A Olivia no le he hablado de Isabel.

Y Sofía sí.

# Capítulo 5 · La búsqueda

El lunes por la noche, después de bañar a los niños y de haber cenado los cuatro las pizzas del Carrefour porque no he tenido cabeza para cocinar y porque Hugo me lo agradece eternamente cada vez que pasa, subo al estudio a las once.

Álvaro está en el sofá del salón viendo un partido grabado del Real Madrid del fin de semana. Le encanta verlos diferidos cuando ya conoce el resultado. Dice que disfruta más porque no sufre. Yo se lo respeto. Yo no veo fútbol porque sufro al revés, sufro de no entender por qué a alguien le importa.

Cierro la puerta del estudio con pestillo. No es algo que haga normalmente. El estudio es el espacio común — los niños entran a buscarme a veces, Álvaro se asoma a darme un beso. El pestillo es para algo distinto. Es para no tener que dar explicaciones.

Enciendo el iMac.

Abro Chrome en modo incógnito. Eso lo aprendí del cliente que tenía el bufete de divorcios a finales de 2023 — el modo incógnito y, sobre todo, no usar la cuenta de Google para nada turbio. La cuenta de Google ata. La cuenta de Google es la primera testigo.

Tecleo en el buscador: «Sofía Cárdenas diseñadora gráfica freelance».

Sale Linkedin. Hay tres Sofía Cárdenas en LinkedIn España. Ninguna se llama exactamente Sofía Cárdenas: una es Sofía Cárdenas Ruiz, ingeniera agrónoma en Zaragoza. Otra es Sofía Cárdenas Bru, fisioterapeuta en Valencia. La tercera es Sofía María Cárdenas Lorenzo, directora de cuentas en una agencia de Sevilla. Ninguna tiene cuarenta y cuatro años. Ninguna se ha mudado a Pozuelo. Ninguna, vamos.

Tecleo «Sofía Cárdenas diseño gráfico Madrid».

Dos resultados de Google, ninguno relevante.

Tecleo «Sofía Cárdenas Pozuelo».

Nada.

Tecleo «Sofía Cárdenas Pozuelo Las Encinas».

Nada.

Pruebo Instagram. Tres cuentas con ese nombre. La primera, Sofía Cárdenas Ruiz, la de Zaragoza, con dos mil seguidores y fotos del campo. La segunda, una influencer venezolana con quinientos mil seguidores. La tercera, *@sofia_cardenas_eu*, perfil con foto de perfil en escala de grises, sin nombre claro, sin descripción. Tres seguidores. Tres seguidos. Cuatro publicaciones, todas atmósferas — una taza de café, un libro abierto, un jardín al amanecer, un seto.

La cuenta se creó en marzo de 2026. Hace seis meses.

Marzo. Marzo es seis meses antes de septiembre. Septiembre es cuando Sofía se mudó a la casa de al lado.

Voy al registro mercantil online. Tecleo Sofía Cárdenas. Cero coincidencias activas. Tecleo Cárdenas en Pozuelo. Sale la dueña de una pastelería pequeña en la zona vieja, otra Cárdenas que tiene una S.L. de servicios informáticos jubilada hace dos años. Ninguna Sofía.

Voy al BOE. Tecleo Sofía Cárdenas en cualquier publicación oficial entre 2018 y 2026. Sale una vez — un anuncio de subasta de bienes del 2021 en el que figura como interesada en una vivienda de Berna que ella misma no compró. Berna. Suiza.

Apago el iMac.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto.

Me quedo mirando la pantalla negra.

Sofía Cárdenas no tiene LinkedIn, no tiene cliente, no tiene empresa, no tiene rastro en España salvo una mención de una subasta de Berna que tampoco compró, y tiene una cuenta de Instagram con tres seguidores creada exactamente seis meses antes de mudarse a la casa de al lado.

¿Quién es exactamente la mujer que vive a cinco metros de mi hija?

---

# Capítulo 6 · La pantalla del marido

El martes Álvaro llega del bufete a las nueve y diez. Le oigo aparcar el Volvo en el porche. Le oigo abrir la puerta. Le oigo dejar el maletín en el suelo del recibidor y los zapatos en el zapatero, primero el izquierdo y luego el derecho, ese orden invariable de catorce años. Después le oigo quitarse las gafas y soltarlas sobre el aparador con el ruido fino de las patillas finas de Hackett.

Y en ese momento sé, por la velocidad a la que ha hecho cada gesto, que viene cansado.

Le sirvo la cena en la cocina. Lubina al horno con verduras del huerto pequeño que mantengo en una jardinera del patio. Es lo que comemos los martes. Los lunes pasta, los martes pescado, los miércoles un guiso, los jueves Álvaro encarga sushi del japonés del paseo, los viernes pizza con los niños. Esa rutina nos sostiene. Sin esa rutina, los martes serían como los miércoles y la semana entera se descosería.

Álvaro se sienta. Bebe agua. Come dos bocados.

—¿Qué tal el día? —digo.

—Largo.

—¿Mucho?

—Mucho.

Es lo único que dice. Antes daba detalles. Antes me contaba qué cliente, qué reunión, qué chaval del despacho había metido la pata. Antes. Hace tres meses que Álvaro responde con una palabra, dos como mucho, y come deprisa con la mirada en el plato.

Miro su pelo. Tiene una cana nueva en la sien izquierda que en septiembre no estaba. Le toco la patilla de la gafa que él ha dejado sobre el aparador. La patilla está caliente, tibia. Lleva veinte segundos sin las gafas y ya no puedo encender un cuchillo de cocina sin verle la cara borrosa cuando lo aleja.

—Álvaro —digo, y me siento enfrente.

Él levanta la vista del plato.

—¿Sí?

—Te quiero contar dos cosas. Pequeñas. Pero te las quiero contar ahora porque luego no.

—Bueno.

—Sofía, la nueva vecina, le dijo a Olivia que yo tengo una hermana.

Álvaro deja el tenedor con cuidado encima del cuchillo, hace un cruce perfecto con los dos cubiertos, signo de que va a hablar. No es un cruce cualquiera — es el cruce que hace su padre cuando va a explicar algo serio. Catorce años casada con un hombre y una termina conociendo el lenguaje de su padre.

—¿Y la otra?

—El sábado le llevé bizcochos. En su recibidor tiene una foto enmarcada de mí. De cuando yo tenía seis años.

Álvaro me mira.

—¿De ti? ¿De cuando tenías seis años? ¿Estás segura?

—Yo me reconozco, Álvaro.

—Marta —dice, y se masajea el puente de la nariz con el pulgar y el índice—, Marta, mi vida, qué exagerada eres.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto hasta que me duele.

—No soy exagerada.

—Marta. Una niña con coletas, sentada en un columpio. Hay tres millones de fotos de niñas con coletas sentadas en columpios. Igual te recuerda a ti porque te recuerda a tu hermana. Es lo mismo. Me lo dijo tu psicóloga hace años: confundir caras propias con la de Isabel es uno de los primeros síntomas cuando vuelves a tener mucho estrés.

—No estoy estresada.

—Ah, no.

—No.

Álvaro coge otra vez el tenedor. Cruza la cocina y guarda el plato en la nevera porque ya no va a comer más. Vuelve. Se sienta. Me mira con la mirada que pone cuando va a pedirme algo.

—¿Marta?

—Dime.

—No quiero que te metas con la nueva vecina. Es una mujer sola. Lo que menos necesita es que la vecina arquitecta de al lado le monte un drama porque la niña pequeña le dijo el nombre de su madre por la valla y su madre se tomó un café con paracetamol y se imaginó la que no era. ¿Vale?

Le miro la mano izquierda. La alianza. Un segundo. Le miro la mano derecha que sostiene el cuchillo. Le miro la patilla de la gafa que ya no está en su sitio porque las gafas se las ha vuelto a poner. Le miro a los ojos.

—Vale.

Pero no es vale.

Después de la cena Álvaro sube al despacho de arriba, el mío, no el suyo, a buscar un libro de fiscal que dejó la semana pasada cuando vino a hacer una llamada que no podía hacer en su despacho porque «aquí hay menos eco». Me lo dijo así, lo del eco, hace nueve días, y yo no contesté nada en su momento.

Yo recojo la cocina. Pongo el lavavajillas. Apago las luces. Subo las escaleras a las once y cuarenta. Y cuando paso por la cocina de nuevo, en el último vistazo antes de subir al dormitorio, veo el móvil de Álvaro en la encimera, junto al cargador, boca arriba.

Y la pantalla se enciende.

Notificación de WhatsApp del bufete. La preview muestra dos líneas: *Marc, urgente —*, y debajo, en otra línea más pequeña, *RV: cuenta J.M. — bloqueada por compliance. Confirma mañana a primera hora si…*

La pantalla se apaga sola a los seis segundos.

Yo me quedo de pie en mi cocina, con un trapo de cuadros azules en la mano, mirando un teléfono que no es mío.

La pantalla vuelve a encenderse.

Otra notificación. Misma persona. *J.M. ha respondido al correo. Quiere que le llamemos antes de las nueve. Marc dice que tú tienes que estar en la llamada.*

Apago las luces de la cocina sin tocar el móvil. Subo al dormitorio. Me acuesto al lado de Álvaro que ya está en la cama leyendo. Le doy un beso en la mejilla. Le digo buenas noches. Apago la lámpara.

Y en la oscuridad pienso una palabra: compliance.

Compliance es la palabra que mete a un abogado mercantilista en problemas serios. Compliance bloqueada es la palabra que mete a un abogado mercantilista en problemas que no se resuelven ni con todos los favores del mundo.

Mi marido tiene un secreto. No es el de Sofía. Pero es uno.

# Capítulo 7 · El dibujo

El miércoles a las cinco y cuarto Hugo entra en el estudio con la mochila a medio quitar.

—Mamá.

—Espera, cariño, estoy con un cliente.

Levanto la mano sin levantar los ojos de la pantalla. Estoy con Roberto, un cliente de hace seis años que está reformando un piso de la calle Génova en Madrid centro y que cada tres semanas me hace una videollamada de cuarenta minutos para discutir si la encimera de la cocina debe ser de mármol calacatta dorado o de cuarzo blanco. La discusión la lleva más de cuatro meses. Roberto no decide. A mí me da lo mismo cobrarle por las horas que tardo en escucharle.

Hugo se queda en la puerta del estudio. No sale. No protesta. Espera.

Lo conozco. Hugo no espera por nada. Hugo es de los que se va. Que se quede en la puerta significa que viene a enseñarme algo importante.

—Roberto, perdóname un segundo.

Mute. Me giro. Hugo me tiende un papel doblado en cuatro.

—Lo hicimos hoy en plástica. Se llama mi familia.

Cojo el papel. Le hago un gesto de espera. Vuelvo a Roberto. Le digo que la decisión la tomemos en la próxima videollamada, que reflexione hasta entonces si le gusta más calacatta dorado o cuarzo blanco. Roberto dice algo de matices sobre la luz del salón. Yo digo claro, claro, y desconecto.

Despliego el papel.

Hugo dibuja bien para su edad. Mejor que la media. La psicóloga del cole me lo dijo en septiembre — Hugo tiene dificultad para descodificar palabras, pero compensa con una capacidad espacial muy buena. Dibujar es lo que más le sale.

En el papel hay cinco figuras humanas alineadas en el sofá del salón. Las he reconocido al instante porque Hugo dibuja siempre el mismo sofá — el nuestro, el verde botella que compramos en Cubiñà el año que nació Olivia.

De izquierda a derecha:

— Una figura adulta de pelo castaño largo. Yo. La etiqueta debajo dice MAMÁ.

— Una figura adulta de pelo corto y gafas. Álvaro. La etiqueta dice PAPÁ.

— Una figura pequeña con coletas. Olivia. Etiqueta OLIVIA.

— Una figura pequeña de pelo castaño corto. Hugo. Etiqueta YO.

— Y una quinta figura adulta a la derecha de Hugo. Pelo castaño recogido. Sonrisa. Etiqueta debajo, en la letra de Hugo de imprenta perfecta: TÍA SOFI.

Sostengo el dibujo contra la luz de la ventana. Lo miro un segundo. Lo bajo.

—Hugo.

—Dime.

—¿Qué es esto? —digo, y señalo a la figura de la derecha.

—La tía Sofi.

—La tía Sofi.

—Sí. La de al lado.

—Mi vida —digo, y me agacho hasta ponerme a su altura sin dejar de aguantar el papel—. Sofía no es tu tía. Sofía es la vecina nueva. ¿Tú sabes qué es una tía?

Hugo me mira con cara de paciencia. Esa cara de paciencia que pone Hugo cuando algún adulto no le entiende algo que él considera obvio.

—Mamá. Tía es la hermana del padre o de la madre.

—Sí.

—Pues eso.

Aprieto el papel.

—Pues eso, Hugo, ¿quiere decir qué exactamente?

—Que ella me dijo que era tu hermana.

Le pongo una mano en el hombro a Hugo. Le aprieto demasiado. Lo noto porque él se sacude un poco, como pidiéndome con el cuerpo que afloje. Aflojo.

—¿Cuándo te dijo eso, Hugo?

—El sábado. Cuando volvía del fútbol con papá. Papá entró en casa porque le sonaba el móvil. Yo me quedé en la valla porque estaba mirando una hormiga grande. Ella estaba en su porche regando la jazminera. Me dijo hola. Yo le dije hola. Me dijo «Hugo, ¿no?». Le dije sí. Me dijo «yo soy la hermana de tu mamá». Y me dio dos caramelos de menta.

—Hugo.

—Y me dijo que no se lo dijera todavía a mamá.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda. Me obligo a soltarlo.

—¿Y por qué hoy lo dibujas?

Hugo se encoge de hombros.

—La profe nos dijo que dibujáramos la familia. Yo dibujé toda la familia. Si es de la familia, va.

—Hugo.

—Mamá, no te enfades.

—No me enfado, mi vida —digo, y le abrazo, le abrazo apretándole a él esta vez de verdad—. No me enfado nada contigo. Has hecho bien en contármelo. ¿Vale? Tú me lo cuentas siempre todo, Hugo.

—Vale.

Le doy un beso en la coronilla. Le suelto. Hugo coge el papel, lo dobla en cuatro, vuelve a metérselo en la mochila. Sale del estudio sin mirar atrás.

Yo me quedo sentada en mi silla de trabajo, con la videollamada de Roberto cerrada y la pantalla del iMac vacía.

Y entonces lo veo claro.

Sofía no se ha mudado a la urbanización. Sofía se ha mudado a mi familia.

¿Cuántos sábados ha hablado Sofía con Hugo desde que llegó? ¿Cuántos jueves le dijo a Olivia su nombre por la valla? ¿Cuántas veces ha estado dentro de mi recibidor sin que yo la viera entrar?

# Capítulo 8 · Eulalio

El miércoles por la noche, después de meter a Hugo y Olivia en la cama, busco el contrato de alquiler de la casa de al lado.

No es mío. Lo sé. Pero hace catorce años en Las Encinas Bajas hubo un follón de fugas de agua entre dos adosados — el número 12 y el 14, justo la pareja que ahora forma mi casa con la de Sofía — y desde entonces los cuatro propietarios originales firmamos un protocolo de buena vecindad. El protocolo dice que cada parte tiene derecho a saber el nombre y datos de contacto del propietario de la casa contigua, en caso de obras o de problemas de cañería. Ese protocolo, antiguo, sigue vigente. Lo firmé yo en 2012 cuando compramos la casa.

Voy a la carpeta del archivador del estudio. Cajón inferior. Carpeta azul, etiquetada *URBANIZACIÓN*. Saco el protocolo. Está la fotocopia del DNI del propietario del 16, Eulalio Sanguino Martín, nacido en 1944 en Salamanca. Domicilio: calle Toro, 23, 4º D, Salamanca. Teléfono fijo escrito a mano en una esquina, posiblemente por uno de sus hijos: 923 21 — — — —.

Marco los nueve dígitos. Mientras suena el tono de llamada me tomo el lóbulo de la oreja izquierda entre el pulgar y el índice y me lo aprieto suavemente, ese gesto que hace mi cuerpo cuando lleva semanas pidiendo algo y mi cabeza no se entera.

—¿Diga? —voz de hombre mayor, calmada, distante.

—Buenas noches. Llamo de Pozuelo de Alarcón. Soy Marta del Río, vivo en la urbanización Las Encinas Bajas, casa 14. Perdone que le moleste a estas horas. ¿Hablo con Eulalio Sanguino?

—Sí.

—Le llamo por la casa 16, la suya. Sé que la tiene alquilada. Tengo una pregunta sobre la inquilina, si tiene un momento.

Silencio. Tose. Aguanto.

—Hija —dice—, perdone, pero yo no he alquilado a nadie. La casa la lleva mi sobrina, Beatriz Sanguino. Es notaria en Salamanca. Yo lo único que firmo es el papel cada año cuando ella me lo trae. La inquilina actual yo no la conozco.

—¿No me podría dar el teléfono de su sobrina?

—Mire usted, hija, no se lo voy a dar al teléfono. Yo no sé quién es usted ni qué quiere. Pero le puedo decir el nombre. Beatriz Sanguino Hernando, notaría 14 de Salamanca. Búsquela usted misma. Si es algo de buena fe, mi sobrina la atiende. Si no, no.

—Perdone que le insista, don Eulalio. ¿Sabe usted al menos cómo se llama la inquilina?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Hija, yo he firmado seis contratos de alquiler de esa casa en doce años y de los seis no he sabido el nombre de ninguno. Mi sobrina me da el papel, yo lo firmo, ella se ocupa. No me cuente que no se hace en Madrid. Aquí en Salamanca se hace.

—Don Eulalio.

—Dígame.

—Una última pregunta. ¿Beatriz vive en Salamanca capital?

—Vive en Salamanca capital, sí.

—Gracias, don Eulalio. Disculpe la hora.

—No es nada. Buenas noches, hija.

Cuelgo.

Salamanca.

La palabra Salamanca me sube por la nuca como un vértigo viejo, como cuando alguien dice un olor que no recuerdas pero que el cuerpo recuerda por ti. Salamanca es la ciudad de mi madre. Salamanca es la ciudad donde está enterrada. Salamanca es la ciudad del piso de los abuelos, vendido en mil novecientos noventa y cinco a los seis meses de la desaparición de Isabel. Salamanca es la ciudad que he evitado durante diez años exactos y que ahora se mete en mi salón a través de un teléfono fijo y de la voz cansada de un anciano que firma contratos sin leerlos.

Sofía Cárdenas alquiló su casa por una notaría de Salamanca.

Y Sofía Cárdenas le dijo a Hugo que era mi hermana.

Pongo el contrato sobre la mesa. Apago el flexo. Subo a la cocina a beber agua, porque me ha dado sed la voz de don Eulalio. En la cocina, a las once y media, con la luz del extractor encendida porque no me apetece encender la del techo, comprendo una cosa.

Mi madre sigue moviendo piezas dieciocho años después de muerta.

# Capítulo 9 · La cena de bienvenida

El sábado a las nueve la urbanización organiza la cena de bienvenida a los nuevos. Es una tradición de Las Encinas Bajas — la última edición fue hace tres años, cuando llegaron los Pereda. Esta vez los nuevos somos nominalmente dos: una pareja joven que se ha mudado al 22, Carlos y Eva, y Sofía. La cena se hace en el porche cubierto del 22, que es la casa más grande, con paellera y vino y mesas plegables que cada vecino aporta por riguroso turno.

Álvaro y yo entramos a las nueve y veinte. Llevo un vestido camisero negro que Álvaro siempre me dice que me hace mayor pero que yo me pongo igual cuando no quiero pensar en lo que llevo puesto. Álvaro lleva la chaqueta sport de los sábados.

Sofía ya está allí.

La veo de espaldas en el centro del porche, hablando con María Bermejo y con Eva, la nueva del 22. Lleva un vestido midi azul marino, tacón bajo, el pelo recogido en moño bajo. Desde detrás cualquiera le echaría treinta años. Los cuarenta y cuatro le sientan bien.

Cojo a Álvaro del codo.

—Vamos a saludar a Carlos primero.

—¿No deberíamos saludar a Sofía?

—Después.

Álvaro me mira con esa mirada que pone cuando intuye que estoy maniobrando pero no sabe por qué. No dice nada. Vamos a Carlos. Le doy la mano. Felicito a Eva. Hago ese minuto y medio de cortesía vecinal — qué bonito el porche, qué bien os ha quedado el seto, gracias por organizar.

Y entonces, por encima del hombro de Carlos, veo que Sofía me mira.

Y me sonríe.

Y se acerca.

—Marta —dice, y me toca el brazo izquierdo a la altura del bíceps con la mano derecha. Sin presionar. Solo tocar. Pero el gesto de las mujeres que se conocen mucho.

—Sofía.

—No nos hemos visto desde el sábado. Siéntate a mi lado en la cena. Te he guardado sitio.

—Bueno.

Es lo único que digo. Bueno.

Álvaro me mira. Yo le miro. Álvaro nunca ha conocido a Sofía. Lo ha visto desde la valla un par de veces de lejos, pero no le ha hablado.

—Álvaro —dice Sofía, tendiéndole la mano—. Soy Sofía. La nueva del 16.

—Encantado.

—Me ha hablado mucho Marta de ti.

Es mentira.

Le he hablado de Álvaro a Sofía exactamente cero veces. La conocí el sábado pasado durante diez minutos. No le he dicho ni el nombre de mi marido. Pero Sofía le tiende la mano a Álvaro como si Álvaro fuera un familiar de toda la vida. Y Álvaro, hombre amable, no le pregunta cuándo le he hablado yo de él.

La cena empieza.

Me siento entre Sofía y Álvaro, con Sofía a mi izquierda y Álvaro a mi derecha. Sofía me sirve el vino antes de que yo se lo pida. Me sirve la ensalada antes de que yo se lo pida. Me cubre con una servilleta el regazo cuando se me cae una rodaja de tomate, antes de que me dé tiempo a coger mi propia servilleta. Lo hace todo natural, anticipado, casi maternal.

Hablamos. Hablamos de tonterías. Ella me cuenta su trabajo —diseñadora gráfica freelance, un cliente importante en Suiza, otro en Lyon, otro en Madrid centro. Habla de Lyon con una soltura que solo da haber vivido allí muchos años. Pronuncia los nombres de las calles francesas con la R del fondo de la garganta, sin esfuerzo.

A las once y cuarto, cuando la cena ha terminado y los vecinos se levantan a hacer el café fuera del porche, Sofía se queda sentada a mi lado.

—Marta.

—Dime.

—Tú te pareces mucho a alguien que conocí.

—¿A quién?

—A una niña. Una niña que conocí cuando yo tenía seis años.

Aprieto la copa. Suelto la copa. Me llevo la mano al lóbulo de la oreja izquierda y me lo presiono dos segundos por debajo del pelo, donde Sofía no puede vérmelo. Luego dejo caer la mano sobre la falda.

—Sofía.

—No quiero hablar de esto delante de nadie. Solo te lo digo porque me pasa cada vez que te miro.

Y entonces se inclina hacia mí. Me apoya la mano izquierda en el hombro. Y me canta al oído, en voz casi imperceptible, ocho compases de una melodía. Una nana. Vocalización antigua, español viejo, ritmo de cuna mecida.

Se aparta. Coge su copa. Se levanta. Se va al grupo del café.

Yo me quedo sentada con la copa entre las manos.

Esa nana la cantaba mi madre. Solo mi madre. Solo a Isabel y a mí. Solo cuando teníamos tres años. Mi madre dejó de cantarla cuando cumplimos cuatro porque Isabel le dijo «mami, no quiero más». Yo no le he cantado esa nana a Hugo. No le he cantado esa nana a Olivia. Esa nana no existe en esta casa, no existe en este siglo, no existe fuera de la cabeza de mi madre y de la mía.

Y de la de Sofía, ahora.

# Capítulo 10 · La nana

Esa noche no duermo.

Álvaro se queda en el sofá hasta la una y media viendo la tele. Yo subo al dormitorio a las once y media, me pongo el camisón de algodón, me meto en la cama. Apago la lámpara. Cierro los ojos.

Y la nana se enciende dentro de mi cabeza.

No la había oído desde 1985. Han pasado cuarenta y un años. Cuarenta y un años en los que mi cerebro, supongo, archivó esa melodía en alguna carpeta interna a la que no he tenido acceso voluntario. Pero la melodía estaba ahí. Y al primer compás que ha cantado Sofía, el resto se ha desplegado solo.

Me sé la letra entera. La canto en voz baja, en mi cabeza, sin abrir la boca.

> *Duérmete, niña mía, duerme la siesta, que viene la abuela con su cesta, con su cesta de pan y su pañuelo, duerme y verás cómo te llevo al cielo.*

La cantaba mi madre. La cantaba sentada en el borde de la cama de Isabel y mía — teníamos una cama de dos cuerpos juntos, una al lado de otra, hasta los seis años. Mi madre venía después de cenar, se sentaba en el borde, nos peinaba el flequillo con los dedos a las dos, primero a Isabel y luego a mí. Y cantaba.

Esa nana no es de mi pueblo. No es de los pueblos de alrededor. Mi madre la aprendió de su abuela materna, de Burgos. Es una nana de un pueblo concreto de la Bureba, un pueblo del que no quedan ya ni veinte habitantes. Lo busqué una vez, hace años, cuando empezaron las pesadillas y mi psicóloga me sugirió que reconstruyera el árbol. La nana, en internet, no aparece. No está grabada. No la canta nadie. Solo la cantaba mi madre.

Y ahora la canta Sofía.

Me incorporo en la cama. Voy al baño. Me lavo la cara con agua fría. Me miro al espejo. Tengo cuarenta y cuatro años y los ojos hundidos de quien no ha dormido en cinco días — pero solo han sido cinco horas todavía. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Vuelvo a la cama.

Álvaro sigue abajo. La tele se oye lejos.

Me siento en la cama con la espalda contra la pared. Cojo el móvil. Abro el calendario. Repaso las fechas. Sofía se mudó el 5 de septiembre. Hoy es 26 de septiembre. Llegó hace tres semanas. En tres semanas:

— ha sabido el nombre de Olivia — ha sabido el nombre de mi marido — ha sabido que tengo una hermana — ha entrado en el recibidor con una foto mía de hace 38 años en un marco — y se ha aprendido al oído una nana que solo cantaba mi madre

Cierro el calendario. Abro Notas. Escribo:

> *Sofía conoce cosas de mi vida que no son públicas. Sofía conoce cosas de mi infancia que solo conocía mi madre. Sofía no es lo que dice ser.*

Borro. No quiero dejar la nota en el móvil. Le hago una foto al texto antes de borrarlo, y la guardo en mi galería con el nombre del archivo cambiado a «cocina-azulejos.jpg». Aprendí a esconder cosas en el móvil cuando un cliente me pidió que le buscara cómo esconder una notificación de su mujer y yo le dije que no, pero tomé nota mental.

Apago el móvil.

Me tumbo. Cierro los ojos.

Y la pregunta que llevaba toda la cena posponiendo sale por fin a la luz, en la oscuridad de mi dormitorio, mientras Álvaro sigue en el sofá viendo una serie a la una de la madrugada y mientras Hugo y Olivia duermen sin saber nada.

¿Cómo conoce Sofía Cárdenas una nana que solo cantaba mi madre a sus dos hijas mellizas en el dormitorio de un pueblo de la Bureba en mil novecientos ochenta y cinco?

---

# Capítulo 11 · La llave

El jueves a las siete y veinte de la mañana, cuando salgo a por el periódico, hay una llave sobre el felpudo.

No es una llave nueva. No es una llave de las cinco que lleva mi llavero. No es una llave del juego de repuesto que guardo en el cajón del aparador junto al mando del garaje. Es una llave Yale antigua, de las largas, esas que se usaban en los años setenta en las puertas grandes de las casas viejas — las de tres cuerpos, con guardas profundas y la cabeza en forma de palmera. Cobre oscurecido por el tiempo. Treinta gramos largos en la palma de la mano.

Tiene una etiqueta atada al ojo de la llave con un cordel de cáñamo viejo. La etiqueta es de cartón amarillento, recortada de cualquier cuaderno barato y endurecida por los años. En la cara visible, escrito en bolígrafo azul, pone tres palabras.

*Casa de los abuelos.*

La letra es de mi madre.

Recojo el periódico mecánicamente. Recojo la llave. Cierro la puerta. Me quedo de pie en mi recibidor con un *El País* en la mano izquierda y una llave Yale antigua de cobre oscurecido en la mano derecha. Aprieto los dedos alrededor del paletón. La llave está fría. Y, sin embargo, me da calor.

Mi madre escribía las uves dobles juntando los dos picos en uno solo, una uve en lugar de dos. Mi madre escribía las eses con un giro lento al final, casi una coma. Mi madre escribía las haches inclinándose hacia la derecha como si la mano se le ladease. La etiqueta tiene esas tres cosas. La etiqueta es de mi madre. Mi madre lleva ocho años muerta.

Me siento en el banco del recibidor — el banco que mandó hacer Álvaro en 2018 al carpintero del barrio, un banco de pino con cojín azul que sirve para descalzarse cuando llueve. Me siento. Pongo la llave sobre las rodillas. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto cinco segundos. Lo suelto. Vuelvo a apretarlo.

«Casa de los abuelos.»

La casa de los abuelos era el piso bajo de la calle Toro, en Salamanca. Lo compraron mis abuelos maternos en mil novecientos cincuenta y tantos. Tres dormitorios. Patio interior. Una cocina pequeña con una cocina de carbón que pasó luego a butano. Mi madre creció allí. Mi madre nos llevó allí cada verano hasta el verano del noventa y tres. El verano siguiente, el del noventa y cuatro, ya no fuimos. Mi madre dijo que los abuelos tenían que pasar agosto en el balneario. No volvimos en septiembre. Tampoco en noviembre. Tampoco en febrero. La casa se vendió en mil novecientos noventa y cinco a un primo segundo de mi padre, sin que nosotros volviéramos a entrar en ella, y los muebles fueron a un guardamuebles de Fontiveros y de allí, supongo, a la basura.

La casa de los abuelos lleva treinta y un años fuera de mi vida.

Y la llave de la casa de los abuelos está sobre mis rodillas un jueves de septiembre de dos mil veintiséis en una urbanización de Pozuelo de Alarcón, sobre el cojín azul del banco del recibidor de Álvaro.

Me levanto. Voy a la cocina. Pongo la llave sobre la encimera, junto al frutero. La miro. La cojo. La vuelvo a poner. Doy una vuelta a la mesa. Vuelvo a cogerla. Aprieto otra vez el lóbulo de la oreja izquierda.

A las siete y treinta y cinco baja Álvaro a desayunar. Le miro en la puerta de la cocina. Tiene la cara de los días que le ha sonado el despertador a las seis y cuarenta y ha tenido que sacar a Hugo de la cama porque el niño tampoco se ha querido levantar.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Estás bien? —dice Álvaro—. Te veo pálida.

—Estoy bien.

Cubro la llave con el paño de cocina. Lo hago como sin querer. Hace catorce años que ese paño cubre el frutero los sábados de fiesta, no los jueves de prisa. Pero Álvaro no se fija. Álvaro nunca ha sido un hombre que se fije en si un paño de cocina está donde no debería.

—¿Hay café? —dice.

—En la cafetera.

—Te quiero.

—Yo a ti.

Álvaro se sirve el café. Se hace una tostada. Se va al estudio que da al jardín delantero. Yo me quedo sola en la cocina con un paño de cocina cubriendo una llave que no debería estar en mi casa.

Y en ese momento, mientras oigo a Álvaro encender el portátil en la habitación de al lado, comprendo dos cosas.

Una. Mi madre, antes de morir, escondió esta llave para que llegara a mí.

Dos. Alguien la ha encontrado primero.

---

# Capítulo 12 · La cerradura

Lo más fácil sería tirar la llave por la ventana. Eso lo entiendo a las ocho menos cuarto, mientras Hugo se viste para el cole. Lo más fácil sería tirar la llave en la papelera amarilla del contenedor del jardín, dejar que se la lleve el camión municipal, no contarle a nadie el episodio del felpudo, hacer como que no ha pasado, como que la llave no existió. La psicóloga me lo dijo en 2019 cuando empezó la terapia: «Marta, hay días en que la única decisión saludable es elegir qué cosas no merecen tu cabeza».

Pero soy hija de Mercedes Andrade, maestra de escuela rural, mujer que dejaba notas en los cajones que sus hijas debían encontrar treinta años después. Y soy arquitecta. Y las arquitectas, cuando vemos un objeto, tenemos que averiguar dónde encaja. Es un defecto profesional. No se arregla con terapia.

A las ocho y diez, después de que Álvaro lleve a los niños al cole, salgo a la calle con la llave en el bolsillo del cárdigan. Voy a probarla.

Empiezo por la puerta principal de mi casa. Me acerco a mi propia cerradura. Meto la punta de la llave Yale antigua. La punta no entra. Las guardas no coinciden. La paletón tropieza al primer milímetro. No fuerzo. No hace falta forzar para saber que esa llave no abre esa puerta.

Bajo al portón del jardín delantero, el portón pequeño de hierro forjado por el que entran los carteros. Cerradura cuadrada, llave plana moderna. La Yale antigua ni siquiera entra en el bocado.

Subo las escaleras al estudio anexo. El estudio tiene cerradura propia desde 2015 — la mandé poner cuando empecé a recibir muestras de tela caras de proveedores italianos. Cerradura de seguridad de tres puntos. La llave Yale antigua no entra en el bocado tampoco.

Voy al trastero del jardín. El trastero es la caseta blanca al fondo del jardín trasero, la que mandó construir Álvaro en 2017 para guardar las bicicletas y las herramientas. La cerradura es vulgar — una cerradura de candado de las que se compran en el Leroy Merlin del Pinar, dieciocho euros, llave plana corta. La Yale antigua no entra. Por descontado.

Voy al portón grande del garaje. Llave electrónica con mando a distancia. La Yale antigua no entra porque no hay bocado donde meterla.

Vuelvo a la cocina con la llave en la mano y un sentimiento concreto en el centro del pecho: el de haber pasado cuarenta minutos comprobando lo que ya sabía. Esta llave no abre nada en mi casa.

Me siento en una de las sillas de la cocina. Bebo un vaso de agua que no me había pedido. Pongo la llave sobre la mesa.

Y entonces, mientras la miro, una idea me sube por la nuca.

¿Y si la llave no es para que la abras tú, Marta? ¿Y si la llave es para decirte que existe una cerradura?

Voy al teléfono fijo. Llamo a Marisa, mi prima por parte de madre. Marisa vive en Burgos. Marisa heredó la otra parte de la casa de Salamanca cuando los abuelos murieron, aunque también la vendió enseguida.

—¿Marisa? Soy Marta del Río.

—Marta, qué alegría. ¿Pasa algo?

—No, no, todo bien. Te llamo por una tontería. ¿Tú recuerdas si la casa de Salamanca, la de los abuelos, tenía una llave de cobre, larga, con guardas profundas? ¿Tú lo recuerdas?

—Marta —dice Marisa, y se ríe—, esa llave la teníamos colgada todas en el armario de la entrada. La llamábamos «la llave de la abuela». Era la del trastero del patio, donde se guardaban los aperos de la huerta. Pero la huerta se vendió antes que la casa. Esa llave no servía para nada cuando los abuelos murieron.

—¿Cuánta gente tenía copia?

—Pues mira, había una en la entrada y otra que tenía tu madre escondida en la cómoda del dormitorio de las niñas. Recuerdo a tu madre diciendo: «Esta no la toques, esta es por si acaso». Eso lo dijo en el verano del noventa y dos o por ahí. Yo no le pregunté por qué.

—¿Tu madre conserva alguna?

—Mi madre se las dio todas al primo Felipe cuando vendió la parte. Yo no tengo. ¿Por?

—Por nada. Una conversación con Hugo del cole. Le hicieron escribir una redacción de la abuela.

—Qué bonito, esos colegios bilingües.

Cuelgo. Marisa siempre cree todo lo que le digo. La quiero por eso.

Vuelvo a la cocina. La llave sigue sobre la mesa.

Mi madre escondió una llave del trastero del patio de los abuelos en la cómoda del dormitorio de las niñas. La cómoda. Nuestro dormitorio en Salamanca era el que daba al patio interior. La cómoda era de pino con tres cajones. El cajón de arriba era el de los pijamas. El de en medio era el de la ropa de calle. El de abajo era el de los juguetes. Mi madre puso la llave por si acaso de qué.

Por si acaso de Isabel.

La idea me llega así, sin pasar por el filtro educado. Como un niño que entra corriendo en una habitación sin avisar.

Pongo la llave sobre el frutero. Subo al estudio. Me siento ante el iMac. Abro Google. Tecleo: «llave antigua trastero patio Salamanca cerradura coincidente».

No sale nada útil.

Tecleo: «cerradura Yale antigua paletón siete puntas guardas».

Me sale un foro de cerrajeros. Pregunto en mi cabeza la única pregunta que importa: ¿hay alguna posibilidad de que esta llave abra algo aquí, en Pozuelo, ahora?

Y la respuesta — eso lo entiendo sin tener que teclearla — la respuesta es no. No tiene sentido. Esta llave abría un trastero de un patio de Salamanca, vendido en 1995, derribado quizá. Esta llave es un mensaje, no una herramienta.

Pero un mensaje puede ser dos cosas: aviso o regalo.

Y todavía no sé cuál de las dos cosas es esto.

Apago el iMac. Bajo a la cocina. Cojo la llave del frutero. La meto en una bolsa pequeña de tela. La bolsa la guardo en el cajón de arriba de mi mesa de noche, debajo del libro de Ana María Matute que llevo cuatro años fingiendo que voy a leer. Y mientras cierro el cajón pienso, sin querer pensarlo, una pregunta concreta:

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto. ¿Qué cerradura abre en mi vida una llave que mi madre dejó por si acaso de mi hermana muerta?

---

# Capítulo 13 · Álvaro se cierra

El sábado y el domingo Álvaro pasa el fin de semana entero pegado al portátil.

Eso, en esta casa, no es normal. Álvaro es un hombre que respeta el fin de semana como otros respetan la liturgia. Sábado por la mañana, mercadillo de Pozuelo. Sábado por la tarde, pádel con Carlos Pereda y Andrés Casals en el club de la urbanización. Domingo por la mañana, periódico en la cama con un café. Domingo a mediodía, cocido con sus padres en Aravaca. Domingo por la tarde, paseo con los niños al parque de los Castaños. Catorce años así, con muy pocas excepciones — bautizo de un primo, una boda en Valencia, la operación de hernia de su padre.

Este sábado no.

Este sábado a las ocho y media de la mañana Álvaro se mete en el estudio anexo y no sale hasta la una. Le subo un café a las once. Lo pongo en la mesa. Le digo «cariño, ¿estás bien?». Álvaro me dice «sí, gracias mi vida» con los ojos en la pantalla del portátil. Cuando salgo cierra la puerta detrás de mí. La cierra con el pestillo. El pestillo lo puso Álvaro cuando empezó a teletrabajar parte de los miércoles, en 2021. El pestillo lleva cinco años sin echarse.

A la una baja a comer. Picotea. Vuelve a subir. No baja a merendar. Olivia se sube a llamarle a la puerta a las cinco y media porque quiere enseñarle una pulsera que ha hecho. Álvaro no abre. Le dice «cariño, ahora no, papá está liado». Olivia baja con la pulsera en la mano y los ojos llenos. Yo se la pongo en la muñeca y le digo que cuando papá baje le va a encantar. Olivia me mira y dice «papá hoy no me ha mirado el dibujo».

Ese día, cuando los niños están dormidos a las nueve, subo al estudio. Toco la puerta. Álvaro abre.

—¿Cenamos?

—No tengo hambre.

—Te he hecho lubina. La que te gusta.

—Marta. Por favor. Ahora no.

Está pálido. Le miro. Tiene el portátil abierto detrás de él en la mesa, y la pantalla está girada de manera que yo no la pueda ver desde el umbral. Las tres patillas de la gafa, la pluma del bolsillo izquierdo, la taza vacía. La cara de Álvaro un sábado a las nueve de la noche es la cara que pone los miércoles a las once cuando entra en una declaración tributaria que no se sostiene.

—¿Qué pasa?

—Nada que tú puedas arreglar.

—Álvaro.

—Marta, te lo pido por favor. Déjame trabajar. Esto es del bufete. No es contra ti.

«No es contra ti.» La frase, en cualquier matrimonio, es el principio de algo que está siendo contra ti.

Bajo. Recojo la cocina. Pongo la lubina en una fiambrera. Apago la luz del comedor. Subo al dormitorio. Me pongo el camisón. Me meto en la cama con un libro que no leo.

Álvaro entra a las once y veinte. Se sienta en el borde de la cama. Me mira.

—Lo siento.

—No tienes que pedírmelo.

—Sí tengo. Sí tengo.

Se pasa la mano por la cara. Se quita las gafas. Se toca la patilla derecha — el tic, el de cuando le acorralan. Lo vi en una cena con sus padres en 2014 cuando su padre le preguntó si estaba contento en el bufete pequeño que tenía entonces. Se tocó la patilla. Se cambió de bufete tres meses después.

—Marta.

—Dime.

—Hay una historia en el bufete. Una cuenta de un cliente. Cosas que se firmaron antes de que yo entrara, hace siete años. Compliance las ha bloqueado. Si las miran con cuidado, pueden imputarme a mí por negligencia. Sin razón. Pero la imputación sale igual.

—Álvaro.

—Si pasa, igual tengo que dejar el bufete. Y si tengo que dejar el bufete, igual tenemos que vender la casa.

—No vamos a vender la casa.

—Marta, no es eso lo que tienes que decir. Es lo que yo necesito que tú entiendas. Lo que pasa es lo que pasa. Y cuando pase, pasa.

Le pongo la mano en la mejilla. Le aprieto la mejilla un segundo. Le suelto. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con la otra mano sin que él lo vea.

—Álvaro. Vamos a pasarlo.

—Vamos.

Se acuesta. Apaga la luz. Le doy la espalda. Él me la da a mí. Los matrimonios cuando se quieren de verdad pueden dormir dándose la espalda sin que la espalda sea una pared.

Lo que no le digo es lo siguiente.

No le digo que llevo tres semanas pensando que ese «trabajar de noche» de mi marido es Sofía. No le digo que en mi cabeza, durante tres semanas, ha habido una novela paralela en la que Sofía es la amante y mi marido es el infiel y la foto de la niña es un truco para ablandarme. No le digo que el alivio de descubrir que Álvaro no me engaña con Sofía es un alivio sucio porque significa que el peligro real no es donde yo lo había puesto, sino en otro sitio mucho más frío.

Apago la luz. Cierro los ojos. Y a las dos de la madrugada, mientras Álvaro respira profundo a mi lado, abro los ojos en la oscuridad y comprendo que el lío del bufete es real, y serio, y suyo. Y que aún así no me explica nada de lo que está pasando con Sofía. Lo de Sofía sigue intacto. Sigue ahí. Sigue al otro lado del seto. Y mi marido no me va a poder ayudar con eso, porque mi marido va a estar ocupado en otra cosa durante meses.

Estoy sola con Sofía Cárdenas.

---

# Capítulo 14 · La compañera del cole

El lunes a las cinco menos diez recojo a Olivia y a Hugo en el cole. Es la primera vez en una semana que me toca a mí porque Álvaro lleva siete días saliendo del bufete a las nueve y media. Aparco el Mini. Salgo. Me cruzo con Carmen, la madre de Daniela, que es la mejor amiga de Olivia desde primero.

Carmen me saluda con la efusión de las madres del cole bilingüe, que es siempre un grado por encima de lo necesario. Dos besos. Un toque en el codo.

—Marta, qué guapa. ¿Cómo va todo?

—Bien, Carmen. ¿Y vosotros?

—Bien, bien. Oye, qué simpática la nueva vecina, ¿no?

Me quedo mirando a Carmen. Sonrío de la única forma en la que me sale sonreír sin pensar — con los ojos, no con los labios, como me sale sonreír cuando un cliente me pregunta por presupuesto y yo todavía no le he hecho cuentas.

—¿La nueva vecina?

—Sofía.

—¿Conoces a Sofía?

—Olivia me la presentó el viernes.

Aprieto las llaves del Mini en la palma de la mano. Las aprieto hasta que el dentado del mando me hace daño en la palma.

—¿El viernes?

—Sí, en la salida del cole. Yo estaba esperando a Daniela en la verja. Olivia salió antes. Sofía estaba al lado de Olivia. Olivia me dijo «Carmen, mira, esta es Sofía, mi tía Sofi». Y se fueron juntas hacia la calle.

—¿Hacia la calle?

—Hacia la calle, sí. Imagino que la esperaba a ti.

—Sí. Sí, claro.

—Marta, qué fortuna habernos cruzado. ¿No te apetece el viernes que viene quedar las cuatro? Olivia, Daniela, tú, yo. Tomamos un café por la zona.

—Sí. Sí, claro. Te llamo.

Me despido. Me meto en el Mini. Espero a que Hugo y Olivia salgan. Cuando los veo aparecer por la puerta del patio, salgo del coche, los acompaño al Mini, los meto, cierro las puertas.

Me siento al volante. No arranco.

—Olivia.

—Dime, mami.

—¿Te recogió Sofía el viernes en el cole?

Olivia, en el asiento trasero, mira por la ventanilla. Se balancea un poco. Es lo que hace cuando le has hecho una pregunta cuya respuesta sabe que no te va a gustar.

—Sí.

—¿Sofía te recogió en el cole?

—No me recogió. Me esperó en la verja porque papá no llegaba y la profe me había dicho que esperase con Marisol. Pero Marisol se fue a hablar con otro padre y Sofía estaba allí. Y me dijo: «Tranquila, Olivita, voy a esperar contigo a que llegue tu papá». Y se quedó conmigo.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Diez minutos.

—¿Y papá llegó?

—Sí. Y le dijo «gracias, hombre, qué amable». Y nos vinimos a casa los dos.

—Olivia.

—Dime.

—¿Por qué le dijiste a Carmen que Sofía era tu tía Sofi?

Olivia se queda callada. Mira por la ventana. Se balancea. Se pone el pulgar en la boca, lo saca, se lo pone, lo saca. Tiene siete años y le he prohibido el pulgar desde los tres. Cuando le vuelve es porque ha tocado algo difícil.

—Olivia.

—Porque es lo que ella me dijo que dijera.

—¿Cómo?

—Sofía me dijo: «Olivia, si alguien te pregunta por mí, di que soy la tía Sofi. Es más fácil que explicar quién soy».

Aprieto el volante. No arranco. Hugo, en el asiento del copiloto porque es ya el alto y se sienta delante con autorización, me mira de reojo.

—Mamá. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Mamá.

—Hugo, déjame. Te lo cuento luego.

Arranco. Salgo del aparcamiento. Tomo el paseo de los Castaños. Conduzco a treinta. Hugo se calla porque sabe distinguir los silencios de su madre.

Olivia se duerme en cinco minutos, como hace siempre cuando se ha cansado de algo.

Yo conduzco con la mano izquierda en el volante y la mano derecha en el lóbulo de la oreja izquierda. Lo aprieto en cada semáforo en rojo. Lo suelto cuando vuelvo a acelerar.

¿Cuántas veces se ha visto Sofía con mi hija sin que yo lo registre? ¿Cuántas veces se va a poder quedar a solas con ella en una verja del cole de aquí en adelante? ¿Cuántas veces hace falta para enseñar a una niña de siete años a llamar tía a una mujer a la que no conoce?

# Capítulo 15 · La caja del ático

El martes a las cuatro de la tarde subo al ático del estudio anexo.

El ático no es un ático en serio. Es un altillo bajo el tejado a dos aguas, al que se accede por una escalera de tijera plegable que descuelgo del techo del estudio cuando hace falta. Tiene un metro setenta de alto en el centro y baja a setenta centímetros en los laterales. Olivia lo llama «la cuevita». Hugo lo llama «el almacén». Yo lo llamo el ático porque suena mejor en los presupuestos cuando le digo a un cliente que tengo «un ático con muestrario» en mi estudio.

Subo a buscar muestras de tela. Una clienta de Pozuelo Pueblo, Pilar, me pide referencias para tapizar dos butacas del salón. Necesito enseñárselas el viernes. Las muestras están en cuatro cajas grandes etiquetadas TELAS-1, TELAS-2, TELAS-3, TELAS-4. Subo. Enciendo el flexo de pinza que tengo enganchado a una viga. La luz amarilla del flexo no llega al fondo.

Las cuatro cajas están al lado de la escalera, a la izquierda. Las cojo. Las pongo al lado de la trampilla. Tengo dos minutos antes de que Olivia baje del cuarto de juegos a pedirme una merienda. Aprovecho los dos minutos para mirar al fondo del ático, ese fondo que llevo siete años sin mirar, y donde recuerdo haber metido en septiembre de 2018 una caja vieja de mi madre.

Mi madre murió en febrero de 2018. Yo subí a Salamanca con mi padre — todavía vivo, todavía lúcido. Vaciamos el piso. Yo me llevé tres cajas a Pozuelo: una con vajilla, una con cartas y fotos sueltas, y una que no abrí entonces porque tenía cosas «a clasificar». La caja con vajilla la usé. La caja con cartas y fotos la abrí en 2019 con calma. La tercera caja la metí en el ático en 2018 con la idea de mirarla «cuando tuviera más tiempo». Y se quedó.

Ahora la veo. Está al fondo, a la derecha, debajo de un arcón viejo que era de los abuelos de Álvaro. Encima tiene polvo de siete años. Lleva escrita en el lateral, con un rotulador rojo grueso, una palabra de cuatro caracteres.

*1994.*

La letra es de mi madre.

Aprieto la escalera de tijera con la mano izquierda para no perder el equilibrio. Me agacho. Empujo el arcón quince centímetros para liberarla. Saco la caja. Es una caja de cartón corrugado, del tamaño de una caja de zapatos pero más cuadrada, sellada con cinta de embalar transparente que ya está amarillenta. La cinta cubre todos los bordes. Mi madre la cerró con cuatro tiras de cinta cruzadas. Mi madre cerraba todo así.

Me siento sobre el arcón con la caja sobre las rodillas.

Mil novecientos noventa y cuatro.

El año de la desaparición.

El año en el que Isabel no volvió de la heladería. El año en el que yo me quedé media hora sentada en el banco del parque pensando que mi hermana se había despistado, mientras unos vecinos me preguntaban dónde estaba mi madre. El año en el que llegó un policía. El año en el que Mercedes, mi madre, me abrazó en la puerta de la comisaría a las dos de la madrugada y me dijo «no es culpa tuya, mi vida, no es culpa tuya, no es culpa tuya». El año en el que mi padre dejó de cantar en la ducha. El año en el que dejé yo de cantar.

Pongo la caja en el suelo. La miro.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto fuerte. Lo suelto.

No la abro.

Eso lo decido en cinco segundos. No la abro. No la abro porque si la abro a las cuatro y diez de un martes, con Olivia subiendo del cuarto de juegos en cualquier momento, con Pilar esperando muestras para el viernes, con un cliente al teléfono cada hora, con Álvaro hundido en su lío del bufete, con la cabeza nublada por una llave que me dejaron en el felpudo y por una nana que me cantaron al oído, entonces voy a llorar de una manera que no me puedo permitir hoy. La caja la voy a abrir. Pero no hoy.

Me levanto. Empujo el arcón otra vez sobre la caja para esconderla. Cojo las cuatro cajas de telas. Bajo. Plego la escalera. Cierro la trampilla.

Olivia está en la puerta del estudio.

—Mami. Tengo hambre.

—Vamos, princesita.

Le doy la mano. La llevo a la cocina. Le hago una merienda. Le pongo galletas y leche. Me siento enfrente de ella. La miro merendar. Ella canturrea. Es feliz. Yo no.

Y mientras la miro merendar comprendo lo siguiente.

A partir de esta tarde, en el ático de mi casa hay una caja escrita por mi madre con la palabra mil novecientos noventa y cuatro. Y a partir de esta tarde, esa caja existe para mí. Y va a esperar. Va a esperar dos semanas, o un mes, o seis meses — el tiempo que yo tarde en estar preparada. Pero ya no se va a borrar. Ya no la puedo dejar otros siete años en paz.

La he visto.

---

# Capítulo 16 · La Polaroid

El miércoles a las seis de la tarde una clienta nueva, doña Asun de la Lastra, me pide por correo electrónico una referencia visual concreta. Es una mujer de Pozuelo viejo, ochenta y dos años, viuda de un notario, que está restaurando el aparador del salón de su casa. Quiere encajar el aparador con una foto en blanco y negro de su madre que tiene desde los años cincuenta. Me pide que le mande tres ejemplos de aparadores parecidos al estilo de la foto de su madre. Para que le pueda dar tres ejemplos buenos, necesito ver primero cuál es la foto de su madre — pero también, por algún motivo arquitectónico que solo entendemos las restauradoras, mirar fotos antiguas propias. La memoria visual de los muebles de la abuela enseña a ver muebles ajenos.

Subo al ático. Esta vez no a por las cajas de telas. A por la caja de fotos sueltas — la caja con cartas y fotos que mi padre y yo trajimos de Salamanca en febrero de 2018. La que sí abrí en su día, con calma, en 2019. La caja vive en el primer estante del altillo, a la izquierda. La cojo. La bajo. La pongo sobre la mesa del estudio.

Me hago un café. Me siento. Abro la caja.

Dentro hay una serie de carpetas finas. Una pone «correspondencia 1974-1985». Otra «correspondencia 1986-1992». Otra «correspondencia 1993-1995». Otra «fotos sueltas». Otra «documentos abuelos». Otra «recortes prensa». Mi madre lo ordenó todo en algún punto entre la jubilación y la enfermedad. Mi madre era ordenada hasta en el dolor.

Saco la carpeta de fotos sueltas. La extiendo sobre la mesa. Hay unas ciento cuarenta fotos, mezcladas, de varios tamaños y épocas. Mi padre haciendo el servicio militar en El Aaiún, mil novecientos sesenta y tres. Mi madre con sus hermanas en una boda en Ciudad Rodrigo, mil novecientos sesenta y nueve. Mis abuelos en la huerta

de Toro. Mi madre embarazada de Isabel y de mí — único embarazo, mellizas — en la primavera del ochenta y uno. Mi madre con nosotras dos en brazos, recién nacidas. Mi madre y nosotras dos en San Sebastián, agosto del ochenta y dos. Yo sola en una bicicleta. Isabel sola, sentada en un caballito de cartón.

Voy pasando las fotos.

Cuando llego al lote de las niñas de seis años, lo identifico al instante porque tengo memoria visual y porque las fotos de aquella edad las he visto cientos de veces. Lote de mil novecientos ochenta y siete y mil novecientos ochenta y ocho. Vacaciones en Salamanca, casa de los abuelos, patio interior, columpio.

Y entonces la veo.

Es una Polaroid. Suelta entre dos fotos en color de las normales. Cuadrada, con borde blanco grueso por debajo, descolorida. Salamanca, verano del ochenta y ocho, según la fecha que mi madre escribió en el reverso con bolígrafo: «1988 · agosto · patio Toro».

En la Polaroid Isabel y yo estamos las dos sentadas en el columpio del patio. Las dos a la vez. El columpio del patio era una tabla larga de madera con dos cuerdas, no como el columpio individual del parque del paseo de los Castaños donde Olivia se columpia ahora. Era un columpio compartido, de pueblo. Isabel a la izquierda, yo a la derecha. Las dos sonreímos a cámara.

Las dos llevamos un polo azul marino con cuello blanco. El mismo polo. Mi madre nos compraba muchas veces la misma ropa.

Pongo la Polaroid en el centro de la mesa. La miro.

Lo que vi enmarcado en el recibidor de Sofía hace dieciocho días era distinto.

Lo que vi enmarcado tenía a una sola niña — yo — en un columpio individual, no en un columpio compartido. Llevaba una camiseta amarilla, no un polo azul. Llevaba dos coletas. Le faltaba un diente abajo.

Cojo otra vez la Polaroid. La aprieto contra la luz del flexo.

En esta Polaroid del ochenta y ocho yo no llevo coletas. Llevo el pelo suelto. Yo llevaba coletas en mil novecientos ochenta y seis y en mil novecientos ochenta y siete. Cuando cumplimos seis años, en marzo de mil novecientos ochenta y siete, le dije a mi madre que ya no quería coletas. Mi madre me hizo caso. A Isabel le siguió haciendo coletas hasta los ocho. La Polaroid del ochenta y ocho me coge a mí ya sin coletas.

La foto enmarcada en casa de Sofía, en la que yo tengo seis años y llevo coletas, no es del ochenta y ocho. Es de mil novecientos ochenta y siete.

¿Cuántas fotos diferentes me hicieron a mí, a los seis años, en aquella casa de Salamanca?

Voy a la carpeta «correspondencia 1986-1992». Saco las cartas. Las paso. En el sobre del verano del ochenta y siete hay una nota suelta que mi madre puso allí en su momento. La saco. La leo.

> *Hice cuatro fotos esta semana. Una a Marta sola con el peluche del gato. Una a Isabel sola con la muñeca de trapo de mi madre. Una a Marta sola en el columpio nuevo del parque. Una a las dos juntas con los polos azules en el patio. Las tengo que repartir cuando las traigan reveladas. La de Marta sola del columpio quiero ponerla en el aparador de mi cuarto. Esa, esa la tengo que enmarcar. Don Marcos me ha dicho que sale guapísima.*

Don Marcos.

Mi madre escribe el nombre en una nota privada de su carpeta de correspondencia, no en una carta enviada. Mi madre escribe «don Marcos me ha dicho que sale guapísima». Don Marcos era el sacerdote del pueblo de los abuelos. Don Marcos venía a comer a la casa de Salamanca a veces los domingos cuando pasábamos las semanas largas allí. Don Marcos no debería estar mirando la foto sin revelar de mi madre antes de que la viera mi padre.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice.

La foto de mí sola, a los seis años, con coletas, en el columpio del parque, en camiseta amarilla. Mi madre la enmarcó. Mi madre la guardó. Mi madre se la mostró a don Marcos antes que a nadie.

Don Marcos tuvo en algún momento esa foto enmarcada en sus manos, igual que la tiene ahora Sofía Cárdenas en su recibidor de Pozuelo de Alarcón treinta y nueve años después.

Pongo la Polaroid del ochenta y ocho dentro del cajón superior de la mesa del estudio. Cierro el cajón con llave. La cierro con la llave del cajón, no con la llave de cobre que sigue en el cajón de mi mesa de noche.

Me siento. Cierro los ojos.

Y comprendo, en este miércoles a las seis y media de la tarde, en mi estudio, que hay un hilo que une a mi madre, a un cura de pueblo, a una desaparición de mil novecientos noventa y cuatro y a la mujer que vive a cinco metros de mi hija.

Y que ese hilo lleva ahí treinta y dos años esperando a que yo lo viera.

---

# Capítulo 17 · Beatriz

A las nueve de la mañana del jueves llamo al colegio notarial de Salamanca. Pregunto por Beatriz Sanguino Hernando, notaría 14. Me responde una secretaria con voz amable. Don Eulalio no me dio el teléfono, pero la notaría 14 figura en el directorio público.

—Quería hablar con doña Beatriz, si puede ser hoy.

—¿De parte de quién?

—Marta del Río. Soy propietaria en una urbanización de Pozuelo donde su tío don Eulalio tiene una casa alquilada por ella. Es una consulta sobre la inquilina.

—Un momento, voy a ver si puede atenderla. Espere, por favor.

Espero dos minutos. Vuelve la secretaria.

—Doña Beatriz le devuelve la llamada en quince minutos desde su línea directa. ¿Le va bien?

—Perfectamente.

A las nueve y veintidós suena el fijo del estudio. Lo cojo al primer tono.

—¿Sí?

—Doña Marta, soy Beatriz Sanguino. Disculpe la espera. Mi tío me ha dicho ayer que le había llamado usted. Dígame.

La voz de Beatriz es firme, más joven de lo que esperaba —cuarenta y poco, calculo. Educada. Profesional. La voz de una persona que firma documentos importantes a diario.

—Doña Beatriz, gracias por devolverme la llamada. Soy vecina de la casa que su tío tiene alquilada en Las Encinas Bajas, Pozuelo. La casa 16. Yo soy la 14. Le llamo por la inquilina, Sofía Cárdenas.

—Dígame.

—Sé que esto es una pregunta inusual y entiendo si no me la puede contestar. ¿Sería posible saber alguna cosa sobre el contrato? No el contenido. Solo lo público. ¿Cómo se hizo?

Beatriz se queda callada un instante.

—Doña Marta. ¿Puedo preguntarle por qué pregunta?

—Porque ha pasado algo con mi hija, una niña de siete años, que me ha hecho querer saber un poco más de la persona que vive a cinco metros.

—Algo grave.

—No. No grave en el sentido de policía. Pero sí en el de madre.

Beatriz inspira, suelta el aire. Es un suspiro profesional, no de molestia, sino de quien está calibrando cuánto puede decir.

—Doña Marta. Las cosas que le voy a decir las puedo decir porque son datos que aparecen en el contrato y que cualquier vecino con interés legítimo podría obtener pidiéndolos a la propiedad. No es información reservada. Pero no me llame para estas cosas otra vez. Mi tío firma sin leer y yo no puedo permitirme ser la fuente de una conversación con una vecina.

—Lo entiendo.

—El contrato lo firmamos en julio de este año, dos mil veintiséis. Lo firmó la señora Sofía Cárdenas Aroca, con DNI español emitido en mil novecientos noventa y siete en Madrid. Domicilio anterior

declarado: una dirección de París. Profesión declarada: diseñadora gráfica freelance. Pagó los seis meses por adelantado por transferencia desde un banco español. La transferencia se hizo desde una cuenta nueva, abierta en marzo de este año. Fiador: ninguno. Firma personal.

Apunto cada cosa en una libreta.

—Doña Beatriz, una pregunta más. ¿Le pareció a usted, en algún momento del proceso, raro algo?

Beatriz vuelve a callar dos segundos.

—Doña Marta. Llevo dieciocho años haciendo contratos de alquiler. Algunas personas son lo que dicen ser. Otras viven con nombres que no son los suyos.

—¿Le pareció una de las segundas?

—Yo no le dije eso.

—No. Ya. Lo digo yo.

Beatriz se ríe, pero sin humor. Es la risa que se les escapa a las profesionales cuando una clienta les acaba de poner las palabras en la boca con elegancia.

—Doña Marta. Si tiene usted una preocupación seria, hágamela llegar por correo electrónico desde el correo de un abogado o desde el correo de la policía local. Yo le contesto entonces oficialmente lo que pueda contestar oficialmente. ¿Vale?

—Vale.

—Y una cosa más. Esto sí es para usted, no para nadie más. Si esta señora viene un día a preguntarle si yo le he dicho algo, niegue usted la conversación entera. ¿Me entiende?

—La entiendo.

—Buenas tardes, doña Marta.

—Buenas tardes.

Cuelgo.

Apunto en la libreta cuatro palabras: «DNI emitido 1997 Madrid». Apunto otras tres: «París, marzo, transferencia». Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Subrayo dos veces «niégueme la conversación».

Y comprendo, de pie en mi estudio a las nueve y media de un jueves, que una notaria de Salamanca acaba de decirme dos cosas concretas. Una: Sofía Cárdenas ha vivido al menos los últimos años en París. Dos: hay personas que en Salamanca viven con nombres que no son los suyos. Beatriz no me lo ha dicho como dato general. Me lo ha dicho como aviso.

Mi vecina puede no llamarse Sofía Cárdenas.

Y si no se llama así, alguien más allá de mí lo sabe. Y prefiere que yo no sea la única.

# Capítulo 18 · El notario

El viernes a las cinco y diez, mientras doy de merendar a Olivia en la cocina, suena el móvil. Número fijo de Salamanca, prefijo nueve veintitrés. Cojo. Salgo al porche para no escuchar a Olivia masticar las galletas mientras hablo.

—¿Doña Marta del Río Andrade?

—Soy yo.

—Buenas tardes. Soy don Higinio Vázquez, notario titular de la notaría 7 de Salamanca. Atendí en su momento la herencia de su madre, doña Mercedes Andrade, fallecida en febrero del dos mil dieciocho. ¿Recuerda?

—Sí, sí, lo recuerdo. Le di la mano en su despacho, puede ser que fuera en abril del dieciocho.

—Exacto. Una pequeña casualidad la suya, recordarlo. Le llamo, doña Marta, porque ha aparecido un asunto pendiente. Le explico.

Don Higinio inspira. La inspiración previa de los notarios cuando van a soltar una frase formal.

—Verá. Su madre, en el momento de redactar el testamento ológrafo en dos mil dieciséis, dejó instrucciones específicas anejas. Esas instrucciones, técnicamente, no forman parte del testamento. Son anexos privados. Son cosas que la testadora pidió que se ejecutaran si se daban determinadas circunstancias. Una de esas instrucciones tenía como condición la apertura de un determinado plazo. Ese plazo era de ocho años a contar desde su fallecimiento. El plazo se cumple en febrero de dos mil veintiséis. Lo cumplió en febrero. Llevamos seis meses ejecutando los anexos pendientes. El de usted lo hemos llegado este mes.

Aprieto el móvil.

—¿Una instrucción para mí?

—Sí. Sí, doña Marta. Una instrucción concreta que la testadora dejó respecto a usted. Yo no puedo decirle por teléfono el contenido. Lo único que puedo decirle es que, conforme a la instrucción, hay un objeto custodiado en mi notaría a su nombre. Para entregárselo, la ley me obliga a que se persone usted en el despacho con su DNI.

—¿Un objeto?

—Sí.

—¿Físico?

—Sí, doña Marta. Un objeto físico.

—¿Qué objeto?

—No puedo responderle eso por teléfono. Lo siento.

Me siento en la silla de teca del porche. Olivia, dentro de la cocina, habla con su peluche.

—Don Higinio. ¿Esto se podía haber abierto antes?

—No, doña Marta. La condición temporal es vinculante. Su madre quiso que esperáramos ocho años. La razón, por las palabras que ella misma escribió, era para que «mi hija mayor llegue al momento serenamente». Cito casi textualmente. La condición se cumple ahora.

—¿Hija mayor?

—Sí, doña Marta. Su madre la nombra a usted como su hija mayor. Imagino que es una expresión cariñosa. Usted es hija única, según la documentación.

Aprieto el móvil tan fuerte que el plástico me hace daño en la palma. Me obligo a aflojar la mano.

—Don Higinio. Sí, sí. Era una expresión cariñosa.

—Bien. Le sugiero que venga la semana que viene, doña Marta. Cuanto antes lo cierre, antes lo cierra. Yo tengo huecos el martes a las once y el jueves a las once. ¿Cuál le va mejor?

—El martes.

—El martes, doña Marta del Río, a las once de la mañana, en el despacho. Calle Compañía, ocho, segundo. Tráigase su DNI. Es importante.

—Allí estaré.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Cuelgo.

Me quedo en la silla de teca con el móvil sobre la rodilla. La luz del porche tiene esa calidad concreta de las cinco y cuarto de un viernes de septiembre — naranja oblicua que entra por la pérgola y dibuja líneas sobre las baldosas. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Dejo el lóbulo.

Mi madre, en dos mil dieciséis, en su escritorio de Salamanca, redactó instrucciones que no podían ejecutarse hasta dos mil veintiséis. Ocho años. Un número exacto. Un número de una persona que sabe planificar.

Mi madre, además, en alguna parte de aquel anexo, me llamó «hija mayor». Mi madre no me llamaba así nunca. Mi madre me llamaba Marta. Mi madre me llamaba mi vida cuando tenía sueño. Mi madre

me llamaba la mayor solo cuando tenía a alguien delante a quien presentarle a la pequeña — y la pequeña era Isabel.

¿Qué dejó mi madre pendiente para mí ocho años después de su muerte, en una caja física, en la notaría 7 de Salamanca?

Me levanto. Entro en la cocina. Olivia me mira.

—¿Mami, te llamó alguien?

—Un señor del trabajo, mi amor.

—¿Por qué pones esa cara?

—Porque el señor me dijo una cosa rara. Pero ya está. Termina la merienda.

Olivia me obedece. Yo doy una vuelta a la cocina sin saber qué quería buscar. Pongo la fiambrera del bocadillo de Hugo en la encimera. La quito. La pongo. La quito.

Y en algún momento, entre la fiambrera y la encimera, comprendo que el martes que viene, en la calle Compañía 8, me esperan ocho años de paciencia de mi madre. Y que mi madre paciente da más miedo que cualquier vecina viva.

# Capítulo 19 · La pesadilla

A las cinco y cuarenta de la madrugada del sábado me despierto gritando.

Álvaro se incorpora de un salto. Me agarra del hombro. Me dice «Marta, Marta, Marta, ¿qué pasa, qué pasa?». Yo no le contesto porque tengo los ojos abiertos pero todavía no estoy en este dormitorio. Sigo en la pesadilla.

En la pesadilla yo estoy en mi recibidor de Pozuelo, con el camisón blanco. Suena el timbre. Yo voy a abrir. Abro. Detrás de la puerta hay una niña de seis años. Una niña con coletas torcidas. Me mira. Tiene mi cara. Mi cara a los seis años. Pero no soy yo.

Me dice: «Mamá no me dejó volver».

Yo le digo: «¿Qué?».

Ella me dice: «Mamá no me dejó volver, Marta».

Y entonces, en la pesadilla, oigo otra cosa por encima del hombro de la niña. Oigo su voz. La voz de Isabel. Mi hermana melliza desaparecida hace treinta y dos años. La oigo decir mi nombre — Marta — con el tono exacto que tenía cuando teníamos cuatro años y me llamaba para que le acompañase al baño porque le daba miedo el pasillo.

Esa voz. La he olvidado durante treinta y dos años. La he olvidado deliberadamente. La psicóloga me dijo en 2019 que la voz de la persona desaparecida es a veces la primera cosa que se borra de la memoria — porque la memoria, para sobrevivir, decide qué cosas guarda. Yo me había olvidado de la voz de Isabel.

En la pesadilla, esa voz vuelve.

Y vuelve nítida.

Y vuelve diciendo mi nombre.

Por eso grito.

Álvaro me agarra del hombro durante un minuto entero. Me dice «Marta, Marta, ya está, tranquila, ya estás aquí». Hugo y Olivia, milagrosamente, no se han despertado. Las paredes de las casas de Las Encinas Bajas son más gruesas de lo que merecemos.

Me incorporo. Me siento en el borde de la cama. Tengo el camisón empapado. La frente empapada. Las manos frías. Tengo las dos manos frías, no solo la izquierda.

—¿Quieres agua?

—Sí.

Álvaro baja a la cocina en zapatillas. Sube con un vaso. Bebo. Me recompongo. Le miro.

—Llevaba años sin tener pesadillas con Isabel.

—Sí.

—La he oído hablar.

—Marta. Mi vida. Era un sueño.

—Era un sueño. Pero hace años que no la oía.

Álvaro se sienta a mi lado. Me pone la mano en la espalda. No me dice nada más, lo cual es lo mejor que sabe hacer Álvaro a las cinco y cuarenta y dos de la madrugada de un sábado.

Vamos a la cama. No me duermo. Me quedo con la espalda contra el cabecero. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el

índice durante mucho tiempo. Lo aprieto hasta que me duele. Lo suelto. Lo aprieto de nuevo.

Mi cabeza, en algún punto entre las cinco y cuarenta y dos y las siete, hace esto: por primera vez en treinta y dos años recuerdo el color de la voz de Isabel. Recuerdo que era un poco más aguda que la mía. Recuerdo que cantaba con una cierta inseguridad en las notas altas, como si a las notas altas tuviera que pedirles permiso. Recuerdo que pronunciaba mi nombre arrastrando levemente la te. Mar-ta. Una te suave de niña pequeña, no la te dura de las niñas mayores.

Cuando suena el despertador a las siete y media, yo tengo treinta y dos años de duelo nuevamente abiertos en el cuerpo, como si fuera mil novecientos noventa y cuatro de nuevo, como si fuera ayer, como si las cosas que han pasado entre medias fuera lo soñado, como si lo verdadero fuera lo de siempre.

Me levanto. Voy al baño. Me lavo la cara. Me miro al espejo.

Y en el espejo, durante un segundo entero, antes de que mi cara se reordene, me veo a mí pero también veo a otra. La otra está debajo de la mía, justo debajo de la piel. La otra se llama Isabel. Lleva treinta y dos años debajo. Y este sábado a las siete y treinta y cinco de la mañana ha decidido salir.

El martes voy a Salamanca a por una caja. Y antes de que abra esa caja, mi cuerpo ya sabe lo que hay dentro.

# Capítulo 20 · La cita con el notario

El martes a las seis y media de la mañana cojo el AVE de las siete y veinte en Madrid Chamartín. Le digo a Álvaro que tengo una reunión con un cliente nuevo en Salamanca. Es mentira. Álvaro me cree porque está demasiado ocupado con su lío del bufete para fijarse en si una mentira mía cuadra o no.

A las nueve y veinte estoy en la estación de Salamanca. Diez años fuera de esta ciudad. Diez años exactos. Salí en mil dos mil dieciséis para enterrar a mi padre — perdón, a mi abuelo paterno —, no, eso fue mi abuelo materno, no, ya no me acuerdo, da igual, salí en algún momento del año dieciséis y juré entonces no volver. Aquí está el problema con los juramentos: una los firma cuando puede y los rompe cuando le toca.

Cojo un taxi. Calle Compañía 8. El conductor, un señor de unos sesenta años con la radio puesta en una emisora de coplas, no me habla. Mejor.

A las once menos veinte estoy en la puerta del despacho de don Higinio Vázquez. Subo al segundo piso. La placa: «Notaría 7». Una secretaria de mediana edad, gafas redondas, me hace pasar a las once en punto.

Don Higinio es bajo, calvo, traje gris, pajarita verde. No tiene una pajarita verde por estética: la tiene por costumbre familiar, porque su padre y su abuelo también la llevaban. Lo descubrí en 2018 cuando vine a la herencia y él me lo contó sin que yo le preguntase.

—Doña Marta. Pase, pase.

—Buenos días, don Higinio.

—Le agradezco la puntualidad. Siéntese, por favor.

Me siento. El despacho de don Higinio tiene paredes forradas de madera oscura y un olor muy concreto a libro viejo. Encima de la mesa, en el centro, hay un sobre marrón grande, tamaño cuartilla, sellado con lacre rojo. El sello de la notaría está estampado dos veces.

—Doña Marta, antes de proceder, debo hacerle dos preguntas conforme al protocolo. La primera: ¿es usted Marta del Río Andrade, hija de doña Mercedes Andrade Aguilera, fallecida el catorce de febrero de dos mil dieciocho en Salamanca?

—Sí.

—La segunda: ¿acepta usted recibir el objeto que su madre le dejó en custodia, conforme a sus instrucciones póstumas firmadas el siete de noviembre de dos mil dieciséis?

—Lo acepto.

—Bien.

Don Higinio firma una hoja. Me pasa el bolígrafo. Yo firmo. Don Higinio sella la hoja.

Coge el sobre. Rompe el lacre. Saca de dentro otro sobre, este blanco, más pequeño. Lo deposita sobre la mesa.

Me lo pasa.

—El contenido es suyo, doña Marta.

Lo cojo. Es liviano. Tres dedos de grosor. No abulta como una caja. Es un sobre.

Lo abro. Dentro hay una llave Yale antigua con una etiqueta de cartón amarillento atada al ojo. La etiqueta tiene tres palabras

escritas en bolígrafo azul, en la letra de mi madre: «Casa de los abuelos».

Es idéntica a la llave que me apareció en el felpudo el jueves pasado.

Idéntica.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto.

Me quedo mirándola. Don Higinio me mira a mí.

—¿Doña Marta? ¿Está usted bien?

—Don Higinio. Tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿Esta llave es la única que ustedes han custodiado?

—Sí.

—¿Es posible que mi madre haya dejado, en algún otro sitio, una copia idéntica?

Don Higinio se ajusta la pajarita verde. Inspira.

—Doña Marta. Si su madre nos depositó esta llave a nosotros, lo lógico es que sea la única. Es lo que hace la gente que deposita objetos importantes en notarías. Si usted tiene en su poder una llave idéntica que no le he dado yo… entonces alguien más la tenía antes que nosotros. O alguien tuvo acceso a esa llave en algún momento entre mil novecientos ochenta y siete y dos mil dieciséis. Esos veintinueve años.

—Don Higinio.

—Dígame.

—¿Mi madre le dijo a usted, cuando depositó esta llave, qué cerradura abría?

—Sí.

—Dígamelo.

Don Higinio se inclina. Apoya los codos en la mesa. Junta las manos. Es un gesto de notario antiguo, ese gesto que aprendieron de los curas pero adaptaron a juzgados.

—Doña Marta, su madre me dijo: «Esta llave abre el trastero pequeño del jardín que mi hija tiene en su casa de Pozuelo de Alarcón». Yo no entendí entonces qué quería decir. Pensé que era una manera figurada. Su madre tenía un sentido del humor singular en aquellos años. Pensé que era una clave entre madre e hija que solo usted entendería. Yo lo apunté como anexo. Y lo guardé.

Se queda callado.

—Pero usted, ahora, doña Marta, parece entenderlo. ¿O no?

Le miro. Aprieto la llave entre los dedos. La llave está fría. Igual de fría que la del felpudo.

—Don Higinio. Lo entiendo perfectamente.

Me levanto. Le doy la mano. Recojo el sobre con la llave. Salgo del despacho.

En la calle Compañía a las once y cuarenta de la mañana de un martes de septiembre, con el sol entrando entre los edificios viejos, comprendo dos cosas que ya no se van a despegar de mí.

Una. Mi trastero del jardín no es de Álvaro ni mío. Es de mi madre. Lo construyó él en dos mil diecisiete sin saber que estaba

construyendo el último escondite de una mujer que llevaba muerta un año y once meses.

Dos. La llave del felpudo, que apareció hace cuatro días, no me la dejó mi madre. Me la dejó alguien que tuvo acceso a una copia idéntica antes que el notario. Es decir: alguien que estuvo en la casa de Salamanca antes de mil novecientos noventa y cinco. Alguien que era de la familia o que entraba en la familia. Alguien que sigue vivo.

Y la única persona viva que cumple las dos condiciones — familia mía, accesoa la casa de Salamanca antes del noventa y cinco, llave del trastero del patio — está en mi calle.

Detengo a un taxi. Le digo: estación. Vuelvo a casa.

La caja la abriré esta noche.

---

# Capítulo 21 · Las treinta y siete cartas

El martes a las nueve y veinte de la noche bajo del coche con el sobre del notario en la mano izquierda y la llave de cobre en la mano derecha. Hugo y Olivia están en casa de los padres de Álvaro — Álvaro me llamó a las cinco de la tarde para preguntarme si me parecía bien que sus padres se los llevaran a cenar y a dormir, porque «hoy tengo que trabajar hasta tarde y no quiero que los niños se queden solos toda la tarde sin ti». Yo le dije que sí. Yo necesitaba la casa vacía esta noche.

Álvaro está en el estudio anexo. Lleva metido allí desde el sábado, con pestillo cerrado, cara de hombre que esconde una catástrofe administrativa. Le vi al entrar. Le dije «hola, mi amor». Él me dijo «hola, ¿qué tal el cliente?». Le dije «bien». No insistió. Volvió al portátil. La luz del estudio se cierra a la calle como una linterna terca.

Voy al jardín trasero. Atravieso el césped hasta la caseta del trastero del jardín. La caseta es de madera blanca, dos metros por uno y medio, una puerta y una ventanita. La construyó Álvaro en abril de dos mil diecisiete por dieciocho mil euros con un carpintero del barrio. Tiene una cerradura nueva — la que él compró — y una llave plana con la que yo abro a veces para sacar la podadora.

Me planto delante.

Saco la llave Yale antigua. Miro la cerradura nueva. La cerradura nueva tiene un bocado plano. La llave Yale antigua tiene un paletón largo. No coinciden a simple vista.

Pero por debajo de la cerradura nueva, en la puerta de madera, hay otro bocado. Un bocado redondo, viejo, recubierto por una placa de latón que Álvaro y yo siempre hemos tomado por decoración. La

placa tiene una bisagra. Le doy un golpe seco con la palma. La placa se levanta.

Debajo de la placa, en el centro de la puerta de la caseta que mi marido construyó en dos mil diecisiete, hay una cerradura antigua. Una cerradura Yale de cobre viejo. Una cerradura de los años setenta.

Mi marido construyó esta caseta sobre los restos de algo que ya estaba aquí.

Meto la llave.

Entra.

Giro.

Click.

Empujo la puerta.

La caseta tiene dentro las cosas habituales — bicis de los niños, escoba, cubo, herramientas de jardín, podadora — pero al fondo, detrás de la podadora, hay un tablero suelto en el suelo. Un tablero de madera de un metro por un metro. Lo levanto.

Debajo hay un hueco. Un hueco rectangular hecho a mano en la tierra apisonada, a unos cuarenta centímetros de profundidad, con paredes de madera tratada. Dentro del hueco hay una caja de cartón corrugado. Caja grande. Ancha. Cerrada con cinta de embalar amarillenta. Cuatro tiras cruzadas. La marca de mi madre.

Saco la caja. La pongo encima del tablero. La cinta cede a la primera con la navaja del cajón.

Dentro hay un fajo. Un fajo grande de sobres blancos, atados con un lazo de cuerda fina. Conté después: treinta y siete sobres. Treinta y

siete cartas escritas a mano por mi madre. Cada una con una fecha en el sobre. La primera, mil novecientos noventa y seis. La última, dos mil diecisiete. La frecuencia varía: cuatro o cinco al año en los primeros, una al año en los últimos. Cada sobre va dirigido a la misma persona.

*A mi querida hija perdida.*

Cojo la caja. Cierro la caseta. Vuelvo al salón. Pongo la caja sobre la mesa baja. Me sirvo una copa de vino tinto del armario. Me siento en el sofá.

Empiezo a leer.

Mi madre, en mil novecientos noventa y seis, le explica a Isabel —porque Isabel está viva, porque Isabel está en algún lugar, porque mi madre lo escribió treinta veces — que la trasladó al convento de las Carmelitas de Salamanca el ocho de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro. Que pagó al obispado por su acogida discreta a través de don Marcos. Que el motivo no fue «proteger a la familia», como Mercedes había contado a la policía y a su marido y a la maestra del colegio y al mundo, sino esconder un parecido. Don Marcos era el padre biológico de Isabel. Mi madre lo había mantenido oculto durante doce años porque Isabel y yo somos mellizas dicigóticas, nos parecemos pero no somos idénticas, y mi madre creía que mi padre nunca lo descubriría. En el verano del noventa y cuatro mi padre, una tarde, en el patio de la casa de Salamanca, se quedó mirando a Isabel con una cara que mi madre no había visto antes en él. Mi madre supo, por esa cara, que mi padre lo había descubierto. Mi madre tomó la decisión antes de que mi padre tuviera tiempo de tomarla.

Don Marcos no se opuso. Don Marcos murió de un ictus en mil novecientos noventa y nueve sin volver a ver a Isabel.

Mi madre, en una carta de dos mil dos, le explica a Isabel que el convento se la entregó a una familia francesa adoptiva en el año dos

mil. Mi madre, en una carta de dos mil cuatro, escribe el nombre que la familia francesa le puso a Isabel: Sophie. Mi madre, en una carta de dos mil ocho, le pide perdón por primera vez en términos serios. Mi madre, en una carta de dos mil doce, le cuenta a Isabel que yo tengo dos hijos. Mi madre, en una carta de dos mil dieciséis, escribe: «Si me sobrevives — y siento que lo harás, una madre lo sabe, una madre lo sabe siempre — y encuentras estas cartas, no juzgues a tu hermana. Tu hermana no sabe nada. Tu hermana llora cada cumpleaños. Tu hermana es buena. Tu hermana es lo que yo no fui.»

La última carta, de dos mil diecisiete, es la más corta. Cuatro frases.

*Sophie. Sophie. Sophie. Si tu casa francesa te ha dejado en algún momento ir a buscar a Marta, ve. Pero no te vengues. Vete a verla, no a quitarle. Su hija menor cumple este año tres. Es ella la que se parece a vosotras dos en el patio del verano del ochenta y siete. Cuídala como si fueras su tía. Eres su tía. Que sepa, antes de que me muera, que existe alguien en esta familia que la quiere por algo que le viene de antes.*

Termino de leer a las cinco y veinte de la madrugada. Mi copa de vino sigue intacta. Me la bebo de un trago. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto. Me pongo de pie en mi salón con treinta y siete cartas sobre la mesa baja.

Y comprendo, en mitad del salón vacío de mi madre, que he llorado durante treinta y dos años a una persona que nunca llegó a estar muerta.

# Capítulo 22 · La ventana

A las cinco y veinticinco de la madrugada salgo al porche con la copa vacía en la mano izquierda y treinta y siete cartas en la mano derecha. No me he puesto el cárdigan. No tengo frío. No tengo nada concreto en el cuerpo — ni frío, ni hambre, ni sed. Tengo las treinta y siete cartas y la copa vacía y la cabeza llena de un silencio que se parece al silencio de los hospitales a las cinco de la madrugada cuando ya se ha decidido todo y solo queda esperar.

Pongo la copa en la barandilla de teca. Pongo las cartas en el alféizar de la ventana del porche. Las pongo bocabajo para que no se las lleve el viento que aquí no hay.

Y entonces miro al otro lado del seto.

La luz del salón de Sofía está encendida.

Sofía está de pie, junto a su cristalera, con las dos manos apoyadas en el cristal como una mujer que se asoma desde una orilla. Lleva un camisón gris claro de manga larga. El pelo suelto. Los pies descalzos. Está mirando hacia mi salón.

Hacia mí.

Las dos casas adosadas de Las Encinas Bajas son simétricas. El salón de mi casa mira al salón de la suya. La cristalera del suyo mira a la cristalera del mío. Una idea brillante del arquitecto en mil novecientos noventa y ocho — ya lo dije en alguna otra noche que ahora me parece tan lejana como mil novecientos ochenta y siete.

Yo tengo encendida la lámpara de pie del salón. He estado leyendo cinco horas. Sofía me ha visto leyendo desde su ventana. Sofía sabía esta noche lo que yo iba a hacer. Sofía ha esperado.

¿Cuántas horas? ¿Cuántas semanas? ¿Treinta y dos años?

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. No me lo doy cuenta. Cuando me doy cuenta, ya está apretado. Llevo apretándolo desde la una de la madrugada con intervalos de cinco minutos. Tengo el lóbulo escocido.

Sofía no se mueve.

Yo no me muevo.

Las dos nos miramos a través de un seto, dos cristaleras y treinta y dos años. Es una especie de saludo. Es una especie de funeral compartido. Es una especie de dos hermanas mellizas que se reconocen por primera vez como hermanas mellizas.

No sonrío. No saludo. No levanto la mano. Lo único que hago es no apartar la mirada.

Sofía tampoco la aparta.

El cielo se vuelve gris alrededor de las cinco y treinta y cinco. La luz de las casas de la urbanización empieza a difuminarse contra una claridad que viene del este y que no es todavía amanecer pero sí su parte trasera. El primer pájaro canta. Es un mirlo. Es siempre un mirlo en Pozuelo a esta hora. Mirlos y mirlas son los animales que más decentes se portan en estas urbanizaciones — cantan a la hora que les corresponde, no roban basura, no hacen ruido al volar.

Sofía se mueve. Levanta la mano derecha. La pone contra el cristal con los dedos abiertos.

Es un gesto antiguo. Es el gesto que hacíamos Isabel y yo, separadas por la cristalera del comedor de Salamanca cuando una de las dos se quedaba castigada dentro y la otra fuera. Una palma contra el cristal. Como si el cristal fuera el pacto entre las dos. Como si el cristal fuera el sitio donde nos tocábamos.

Tardo treinta segundos en levantar yo mi mano.

La levanto. La pongo contra el cristal de mi cristalera, cinco metros enfrente de la suya, con los dedos abiertos, las uñas pálidas en la luz amarilla de mi lámpara.

Ninguna de las dos llora.

Las dos sabemos, en ese momento, que el llanto es un lujo de las pequeñas decisiones — el llanto se permite cuando se rompe una cosa. Pero esto no se ha roto. Esto se ha resuelto. Y las cosas que se resuelven después de treinta y dos años se reciben de pie, con la palma contra un cristal, sin llanto, mientras un mirlo canta.

Sofía baja la mano a las cinco y cuarenta y ocho. Se da la vuelta. Apaga la luz de su salón. Se va.

Yo bajo la mano. Apago la lámpara de pie de mi salón. Recojo las cartas. Las llevo al estudio. Las pongo en el cajón superior de la cómoda, debajo del libro de Ana María Matute. La llave de cobre la dejo encima del libro como una marca.

Subo al dormitorio. Álvaro sigue durmiendo con la cara hacia la pared. Le cojo la mano por debajo del edredón. Él entrelaza los dedos sin despertarse, como hace siempre que le cojo la mano por debajo del edredón antes de que él haya abierto los ojos.

Apoyo la cabeza en su hombro.

Cierro los ojos.

¿Cuánto tiempo lleva mi hermana melliza esperándome?

# Capítulo 23 · El reencuentro silencioso

A la mañana siguiente, miércoles, no le digo nada a Álvaro de la noche. No le digo nada a los niños, que llegan a las nueve con sus abuelos y entran corriendo a por sus cosas para el cole. No le digo nada a María Bermejo, que me llama a las once y media para preguntarme si voy al pádel del jueves. Le digo que sí.

A la una y media, cuando termino una videollamada con Pilar, oigo el timbre.

Salgo a la puerta. Mis pasos son muy lentos. Ya sé quién es.

Abro.

Sofía. Lleva un vestido camisero color crema y un cárdigan beige sobre los hombros. Tiene las dos manos cerradas sobre las dos asas de una bolsa de tela del mercado de Pozuelo. Dentro de la bolsa hay dos vasos térmicos cerrados, que no son del Starbucks, son de los que se ponen los cafés cuando quieres que no se enfríen. Lleva en una bolsa pequeña aparte un termo y dos sobres de azúcar moreno.

—Marta. Si no te apetece, me voy.

—Pasa.

Se quita el cárdigan. Lo cuelga del perchero del recibidor. Mira el aparador. Mira el banco. Mira la puerta del salón. Reconoce todo. Se ha estado imaginando esta casa durante meses. Le ha tocado, pero recién, lo que ha imaginado durante mucho.

La llevo al porche. Las sillas de teca están secas. Pongo dos cojines en una y otra. Sofía abre el termo. Sirve el café en los dos vasos. Me lo pasa.

Cortado. Me lo trae cortado, como me lo trae María. Pero a María se lo conté yo en algún momento. A Sofía no.

—¿Cómo lo sabes?

—Mamá lo apuntaba en una libreta. Cómo bebían el café las dos. La tuya: cortado. La mía: solo, sin azúcar, con un dedo de leche caliente al lado.

Bebo. El café está caliente. Demasiado caliente para tomarlo de un sorbo. Lo dejo en la mesa.

Sofía se sienta enfrente de mí. Pone su vaso encima del posavasos. Cruza las manos sobre el regazo. Espera.

—Sofía.

—Marta.

—No me llames Sofía. Te llamas Isabel.

Ella asiente. No corrige. No insiste. Acepta. La aceptación es una forma de respeto: no la pelean los que no la sienten.

—Isabel.

—Marta.

—Anoche leí las cartas de mamá.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabías?

—Te vi.

—Sí. Pero ¿cómo sabías que era anoche? ¿Cómo sabías el día?

Isabel — me cuesta decirle Isabel en mi cabeza, llevo veinte años llamándola por su silencio — Isabel desliza el vaso un centímetro a la derecha sobre el posavasos.

—Porque don Higinio me telefoneó el mismo lunes que te llamó a ti.

Aprieto las manos sobre las rodillas.

—¿A ti también?

—A mí también. Mamá nos dejó instrucciones a las dos. La diferencia es que la mía era previa: era el aviso de que esa caja existía y de que si yo aparecía en alguna parte del territorio español antes de febrero de dos mil veintiséis y daba mi DNI, don Higinio podía hacérmelo saber. Solamente eso. No me podía dar nada. Solo avisarme.

—¿Tú tienes DNI español?

—Lo solicité en marzo. Madrid. Me lo dieron en una semana. Me lo merecía: legalmente tengo la nacionalidad por nacimiento. Lo único que tuve que hacer fue justificar la falta de inscripción durante todos estos años. La justifiqué. El registro civil me lo aceptó. Sale como Sofía Cárdenas Aroca porque ese era el nombre que aparecía en el registro consular francés. Mamá me había puesto Sophie Cardenas a través del convento. Yo lo españolicé.

—Isabel.

—Marta.

—Tú no me has venido a ver a mí. Tú has venido a Olivia.

Isabel se queda callada cuatro segundos. No retira la mirada. No la baja. Cuatro segundos largos. Los tics que se notan no son los nervios. Los tics que se notan son las honestidades.

—Marta. He venido a las dos.

—Eso no me vale.

—Lo sé.

—Necesito que me digas la verdad.

—La verdad es que yo, primero, vine al hospital donde nació tu hija menor. Yo trabajé tres días en marzo de dos mil diecinueve como auxiliar suplente, en el preparto, con un nombre falso. Lo conseguí porque tenía un contacto en una agencia francesa de reemplazos sanitarios. Vine a verte parir. Vine a ver nacer a Olivia. Y vine a verte a ti dándole de mamar a las cuarenta y dos horas de haberla parido. Estabas tú sola en la habitación, Álvaro había bajado a por un café. Yo llevaba pasamontañas de mascarilla y te puse una vía. Tú no me reconociste. Pero yo te reconocí.

—Y entonces decidiste algo.

—Decidí que ese día me iba a quedar cerca de Olivia para siempre.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Un segundo. Dos. Lo suelto.

—¿Para siempre cómo?

—No para llevármela. Marta. Mírame.

La miro.

—No para llevármela. Para estar.

—Estar.

—Estar.

Isabel se inclina hacia delante. Pone los codos sobre las rodillas. Bebe un sorbo del café. Vuelve a poner el vaso.

—Marta. Yo no he venido a estropear nada. Solo quería ver de qué color había salido todo.

—Y ya lo has visto.

—Ya lo he visto.

—¿Y ahora?

Se levanta. Pone el vaso vacío en la bandeja. Se pone el cárdigan. Se acerca a la puerta del porche. Se da la vuelta. Me mira.

—Marta. Yo ahora me voy a casa. Si me echas, me voy de la urbanización en dos semanas, sin discutir, sin tribunales, sin cartas. Si no me echas, me quedo. Tú decides. Tienes el tiempo que necesites.

Se va.

Yo me quedo en el porche con dos cafés a medio terminar y treinta y dos años de duelo deshaciéndose despacio en el cuerpo, como una pastilla que tarda en disolverse en agua fría.

# Capítulo 24 · La carta de dos mil diecisiete

A las cinco y media de la tarde, después de haber recogido a los niños del cole y de haber merendado con ellos en la cocina, vuelvo al estudio. Cierro la puerta. Cojo del cajón de la cómoda el fajo de cartas. Lo deshago. Busco la última. Dos mil diecisiete. Cuatro frases.

La leí anoche. La leí bien. Pero la leí con los ojos cansados y con el cuerpo en otra parte. Hoy la quiero leer otra vez con la mente clara.

Saco la carta. La extiendo sobre la mesa. La aliso. Es papel de carta normal — el papel de cartas de mi madre, color crema, con las iniciales M.A.A. impresas en relieve en la esquina superior izquierda, papel de mil novecientos ochenta y muchos.

Leo.

> *Sophie. Sophie. Sophie. Si tu casa francesa te ha dejado en algún momento ir a buscar a Marta, ve. Pero no te vengues. Vete a verla, no a quitarle. Su hija menor cumple este año tres. Es ella la que se parece a vosotras dos en el patio del verano del ochenta y siete. Cuídala como si fueras su tía. Eres su tía. Que sepa, antes de que me muera, que existe alguien en esta familia que la quiere por algo que le viene de antes.*

Leo la carta tres veces.

A la tercera lectura, una frase se separa del resto. Una frase que anoche, con los ojos cansados, no leí del todo.

«*No la juzgues por elegir el nombre que necesitó.*»

No, esa frase no está en esta carta. La saqué de mi cabeza. Es de otra. ¿De cuál?

Vuelvo al fajo. Busco. Voy hacia atrás, dos mil dieciséis, dos mil quince, dos mil catorce, dos mil trece. Está en una de dos mil doce. La cojo. La extiendo. La leo entera.

> *Sophie. Hace doce años que no sé nada de ti, salvo lo que la madre superiora del convento me dejó escribir como respuesta a esta correspondencia oficial — que estás bien, que vives en Lyon, que trabajas, que no preguntas por mí. No me lo diga, hermana, no me lo diga: yo lo sé sin que me lo confirme. Mi hija aprendió a no preguntar por mí en mil novecientos noventa y cuatro y desde entonces no ha aprendido lo contrario. Yo lo entiendo. Te escribo estas cartas porque no espero que me leas. Te las escribo porque las cartas son lo único que las madres que han hecho lo que yo hice pueden hacer.*
>
> *Sophie. Si algún día descubres que me llamas todavía mamá en alguna parte de tu cabeza, te pido una cosa. Si vuelves a España, no la juzgues a Marta por elegir el nombre que necesitó. Tu hermana se llama Marta del Río. Mantiene los apellidos. Yo te puse otro apellido para protegerla a ella. Ella no eligió. Yo elegí por las dos. Si te vuelves a llamar como te llamaste, hazlo. Si no, también está bien. Cualquier nombre que uses es una victoria tuya, no una mentira contra ella. Yo elegí mal. Tú vas a elegir mejor que yo.*

Cierro la carta.

La frase no era para Isabel sobre Isabel. Era para Isabel sobre mí. Mi madre, en dos mil doce, le pedía perdón a Isabel por haberla apartado de mí y le explicaba que mi nombre — Marta del Río — me lo había dejado mi madre como regalo a costa de quitárselo a ella. Mi nombre es de las dos.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto despacio. Lo suelto.

¿Cuánto sabía mi madre, en dos mil doce, de la vida de Isabel después del convento? ¿Y entre dos mil doce y dos mil diecisiete, qué supo? La carta de dos mil diecisiete, comparada con la de dos mil doce, sabe mucho más: sabe el nombre de Olivia, sabe la edad de Olivia, sabe que Olivia se parece a las dos en el verano del ochenta y siete. Mi madre, en sus dos últimos años de vida, supo de Isabel mucho más que en los dieciocho años anteriores. Alguien le pasó información. Alguien tenía contacto.

¿Quién?

Don Higinio no. Don Higinio no me dijo nada de comunicaciones intermedias. Don Marcos no, está muerto desde mil novecientos noventa y nueve. La madre superiora del convento, posible — pero a mi madre, no a Isabel, no a las dos vías.

Solo queda una opción. Mi madre y la propia Isabel, en algún punto entre dos mil doce y dos mil diecisiete, se reencontraron. En algún sitio. En alguna ciudad. En algún cuarto silencioso. Lo bastante para que mi madre supiera que su hija mayor tenía una hija pequeña que se parecía a ellas dos en el patio del verano del ochenta y siete.

Mi madre y Sofía se vieron en vida. Sin que yo supiera.

Y mi madre, en una carta del mismo período, no me lo dijo. A mí no me dejó esa noticia. A Isabel le dejó treinta y siete. A mí me dejó una llave dentro de una caseta que mi marido construyó en el dos mil diecisiete sin saberlo.

Mi madre quiso que las cosas se ordenaran en este orden. Primero Isabel. Después yo.

Y entonces, en el estudio a las seis de la tarde de un miércoles, comprendo el motivo. Mi madre no confiaba en mí lo suficiente como

para contarme la verdad mientras vivía. Mi madre creía que yo iba a echar a Isabel.

¿Y qué tan equivocada estaba mi madre?

# Capítulo 25 · El nombre raro

El domingo a las siete de la tarde, después de que Hugo lleva hora y media metido en su cuarto sin bajar a merendar, subo. Toco con los nudillos. Hugo abre.

Tiene la cara hinchada. No de pegar. De llorar.

—Hugo. Mi vida.

—Mamá.

Le dejo entrar al pasillo. Le pongo la mano en la nuca. Le aprieto la nuca tres segundos. Le suelto. Es nuestro saludo desde que tiene seis años. Lo inventó Álvaro pero lo heredé yo cuando vi que a Hugo le tranquilizaba más viniendo de mí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Hugo.

—Mamá. No quiero ir al cole mañana.

Le entra una respiración entrecortada que no me esperaba. Se le abre la boca para decir algo y no le sale. Se le llenan los ojos. Le pongo la mano en el hombro. Le siento en la cama.

—¿Mañana? ¿Por qué mañana, mi vida?

—Porque me llaman.

—¿Quién te llama?

—Los del recreo.

—¿Cómo te llaman?

—El del nombre raro.

Aprieto la mano sobre el hombro de Hugo. La aprieto demasiado. Me obligo a soltar.

—Hugo.

—Mamá. Pablo del Río Andrade le dijo a Álex el viernes que mi segundo apellido es de una familia de Salamanca con secretos. Y Álex se rio. Y luego le dijeron a la profesora que era una broma. Y la profesora les regañó. Pero lo siguen diciendo en el patio. Cuando la profesora no oye.

—¿Qué dicen exactamente, mi amor?

—Hugo del nombre raro. Hugo de los secretos. Hugo el de Salamanca. Cosas así.

Le abrazo. Le abrazo apretándole bien, con la cabeza de Hugo contra mi clavícula, con los brazos rodeándole los hombros. Tiene diez años, casi me llega al pecho, pero todavía cabe entero en mis brazos. Por encima de su pelo aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto.

—Hugo. Me lo cuentas todo, mi cariño. Tú no eres el del nombre raro. Tú eres Hugo del Río Andrade Sanz. Tu nombre es bonito.

—Pablo dijo que su madre lo dijo.

—¿Pablo? ¿Pablo Pereda?

—Sí.

—¿Pablo Pereda, mi amor, te dijo el viernes que su madre dijo eso?

—Sí.

Carolina Pereda.

Carolina es una de las cuatro mujeres con las que tomé café el mes pasado. Carolina es la mujer del Carlos Pereda al que María mencionó hace dos meses cuando me contó que Carlos había estado en la cena de hombres a la que Sofía había encantado a todos. Carolina no es amiga mía. Es vecina. Hablamos cuando coincidimos en el supermercado. No le he contado nunca que yo soy de Salamanca. Pero Carolina lo sabe — sabe el apellido Andrade, sabe que mis padres están enterrados allí, sabe lo que toda la urbanización sabe de mí cuando llevas catorce años aquí.

Pero «familia de Salamanca con secretos» no es lo que sabe Carolina por la urbanización. Eso es lo que se cuenta una mujer cuando ha hablado con una persona que conoce más cosas que las normales.

Y la persona nueva que conoce más cosas que las normales en la urbanización es Sofía.

Le doy a Hugo un beso en la cabeza. Le digo «mi vida, ahora vamos a bajar a cenar pizza, ¿vale? Y mañana voy yo contigo al cole y hablo con la profesora y con Pablo y se acaba esto. ¿Vale?». Hugo asiente. Le seco la mejilla con el pulgar. Le tomo de la mano. Bajamos.

A medianoche, cuando Álvaro lleva dormido dos horas y Hugo lleva dormido tres y Olivia dormida cuatro, abro los ojos en la oscuridad y me siento en la cama.

Comprendo dos cosas.

Una. La urbanización ya no calla.

Dos. Si la urbanización ya no calla, va a llegar a oídos del cole. Y si llega al cole, va a llegar a la directora. Y si llega a la directora, en algún momento alguien va a investigar formalmente quién es mi

vecina, por qué cuenta lo que cuenta, qué relación tiene conmigo. Y si esa investigación empieza, no la voy a poder parar.

Tengo dos semanas. Tres como máximo.

Dos semanas para decidir si entrego a Isabel o si la integro.

---

# Capítulo 26 · La pregunta directa

El lunes a las siete y veinte de la tarde, después de haber metido a los niños en la ducha y de haberles hecho la cena rápido, le digo a Álvaro que necesito hablar con él sin Hugo cerca. Álvaro me mira raro pero no protesta. Subimos al dormitorio. Cierro la puerta. Le digo que se siente en la cama. Yo me siento enfrente, en el sillón de orejas que llevo nueve años queriendo cambiar y que no cambio porque a Olivia le encanta esconderse detrás de él.

—Álvaro.

—Marta.

—Te voy a contar tres cosas. Y luego te voy a hacer una pregunta. Y después de la pregunta, tú me vas a contestar la verdad.

Álvaro se quita las gafas. Se las pone sobre la rodilla. Se masajea el puente de la nariz.

—Cuéntame.

—Mi madre nos dejó instrucciones póstumas a las dos. A mí y a Isabel. Isabel está viva. Isabel es nuestra vecina Sofía Cárdenas. Llegó en septiembre porque mi madre se lo pidió en una carta de dos mil diecisiete, después de que las dos se reencontrasen en alguna parte que yo todavía no sé. Vino a vivir cerca de Olivia porque mi madre le pidió que fuera la tía que yo nunca le iba a poder dar.

Álvaro se queda quieto. No reacciona deprisa. Álvaro es de los que reciben las noticias con una pausa de ocho segundos, contados, antes de hablar. Espero.

—Marta. Mi vida.

—Sí.

—¿Tú estás segura?

—Estoy segura. Tengo treinta y siete cartas de mi madre a Isabel guardadas en el cajón del estudio. Tengo dos llaves idénticas del trastero del jardín, una me la dejaron en el felpudo el mes pasado y la otra me la entregó el notario el martes. Tengo una nana que solo se cantaba en la familia de mi madre y que Sofía me cantó al oído en una cena. Tengo una cicatriz idéntica a la suya bajo el labio inferior, aunque eso todavía no se lo he visto.

—Marta.

—Y ahora, Álvaro, te voy a hacer la pregunta.

—Sí.

—¿Tú lo sabías?

Álvaro se pone más pálido de lo que ya estaba. Se sujeta las gafas con la mano izquierda. Se queda quieto. Mira al suelo. Luego me mira a mí.

—Marta. Hay algo que tengo que contarte. Pero no es lo que crees.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto. Vuelvo a apretar.

—Álvaro.

—Marta. No es lo de Isabel. Yo no sabía nada de Isabel hasta este minuto. Te juro que no. Te lo juro por Hugo y Olivia.

—¿Entonces qué es?

—Marta. Lo que tengo que contarte es lo del bufete. Pero es más serio de lo que te dije la otra noche. Y necesito tres horas, mi vida.

Necesito que esta noche, los dos, sin niños cerca, sin teléfonos, te lo cuente entero. Porque si no te lo cuento ahora, después de lo que tú me has contado, yo no me voy a poder mirar a la cara.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿Después de acostar a los niños?

—Sí.

—Bien.

Álvaro se levanta. Sale del dormitorio. Bajo. Bañamos a los niños. Cenamos los cuatro pasta con tomate. Hugo me cuenta que mañana, en el cole, Pablo Pereda le ha pedido perdón. Olivia me cuenta que ha hecho un dibujo nuevo, esta vez sin tía Sofi, porque ella ya no se acuerda de dibujar a Sofía «porque ahora juego con ella en el jardín y no me hace falta dibujarla». Yo asiento mientras la pasta se enfría en mi plato.

A las nueve y media los niños están en la cama.

A las nueve y treinta y dos Álvaro y yo nos sentamos en el salón, cada uno en una punta del sofá verde botella.

Y le miro, y me preparo, porque mi marido va a contarme algo que me va a importar tanto o más que lo que yo le he contado a él.

# Capítulo 27 · La verdad de Álvaro

Álvaro, en mil novecientos noventa y dos, salió del colegio mayor de Madrid con un expediente decente y unas ganas de demostrar a su padre que un Sanz podía dedicarse al derecho mercantil sin recurrir al apellido del padre. Eso lo dijo Álvaro la primera vez que cenamos juntos en mil novecientos noventa y nueve. Lo dijo por teléfono en agosto del año pasado a un colega cuando me creía ocupada con Olivia. Y lo dice ahora, en el sofá verde botella, mirándome con las gafas en la mano izquierda y la mano derecha sobre la rodilla.

—Marta. Hace siete años, cuando entré en el bufete actual, había un cliente. Un señor mayor con varias sociedades en Andorra. Le llamábamos J.M. en interno por discreción. El bufete antes que yo le había firmado una serie de operaciones que, mirado con ojos de hoy, son incompatibles con el cumplimiento normativo actual. Yo, al entrar, las heredé. Yo seguí trabajando con él los primeros tres años, sin examinarlas, porque no es la cultura del bufete examinar lo que firmaron tus predecesores. Yo dejé de trabajar con él en dos mil veintidós, hace cuatro años, cuando empecé a sospechar.

—¿Sospechar qué?

—Que parte de las operaciones no eran lo que decían ser. Que había patrimonio no declarado de una herencia familiar que una de sus hijas reclamaba en silencio. Que se había firmado una transmisión patrimonial fraudulenta. Yo no firmé esa transmisión. La firmó el socio anterior. Pero yo, a partir de dos mil dieciocho, mantuve a J.M. como cliente activo y firmé otras operaciones menores en su cuenta. Con eso, técnicamente, soy responsable de continuidad.

—¿Eso significa qué, Álvaro?

—Significa que compliance del bufete, que es nueva, que es seria, que lleva dos años barriendo expedientes antiguos del bufete entero, ha encontrado el dosier J.M. en septiembre. Lo han subido al socio

director. El socio director quiere protegerse a él y al despacho. La forma de proteger al despacho es designar a un único responsable: yo.

—Álvaro.

—Marta. La probabilidad de que esto vaya a juzgado depende de si J.M. denuncia, de si su hija denuncia, o de si el bufete me deja caer a mí en abogacía y yo, sin red, denuncio a mi vez. La hija ya ha denunciado a J.M., y eso es un dato que no tenía hace tres semanas. Tengo entre ese día y un punto incierto del primer semestre del año que viene para llegar a un acuerdo con compliance que limite el daño.

—¿Cuál es la peor situación?

—La peor situación es que yo deje el bufete con una sanción colegial de tres años de inhabilitación y una multa por colaboración por negligencia que pueda estar en el rango de doscientos mil euros.

—Doscientos mil.

—Sí. Y la casa, Marta. Si la sanción cae con la inhabilitación, no podemos pagar la hipoteca seis meses sin movernos de casa. Tenemos que vender. O alquilar nosotros. O irnos a casa de mis padres. No te miento.

Le miro. Las gafas en su mano izquierda. La mano derecha sobre la rodilla. La cara cansada. Las patas de gallo más marcadas que en septiembre. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice por debajo del pelo. Lo suelto.

—Álvaro.

—Marta.

—¿Cuánto llevas con esto solo?

—Tres meses.

—Tres meses solo. ¿Por qué?

—Porque no quería pasarle esto encima de un hijo del bufete a mi mujer. Porque me daba vergüenza. Porque pensé, los dos primeros meses, que se podía cerrar sin que tuvieras que enterarte.

—Mi vida.

—Marta.

Me levanto del sofá. Le abrazo. No por consolarle. Por descansar yo. Llevo tres semanas pensando que mi marido me engañaba con la nueva vecina y resulta que mi marido se está partiendo en tres meses solo defendiendo nuestra casa contra un bufete entero. Me equivoqué de marido. Me equivoqué de novela.

Álvaro me devuelve el abrazo. Le tiembla un poco la espalda. No llora. No del todo. Me aprieta. Me dice al oído «gracias». No sé exactamente por qué. Se lo dice a sí mismo, no a mí.

Bajamos a la cocina. Hago un té. Lo tomamos los dos en silencio. Recoge él la taza. Vamos al dormitorio. Nos acostamos.

Álvaro me pasa el brazo por encima del hombro. Yo apoyo la cabeza en el hueco de su clavícula. Se queda así.

Por primera vez en muchas semanas, me duermo antes que él.

# Capítulo 28 · El segundo escondite

El martes a la una de la tarde, mientras Álvaro está en una reunión con compliance del bufete y los niños comen en el cole, salgo al jardín trasero con la llave Yale en la mano y la cabeza puesta en una idea concreta. La idea me ha llegado a las cuatro y veinte de la mañana, en uno de esos despertares cortos que los matrimonios tienen cuando uno de los dos lleva semanas sin dormir bien y, al fin, se relaja una sola noche. La idea es la siguiente: si mi madre escondió un fajo de cartas en el trastero del jardín de Pozuelo bajo un tablero, mi madre — que era ordenada hasta en el dolor — habrá escondido también el resto de las cosas pendientes en el mismo sitio. Los escondites antiguos, en las casas de los abuelos, no eran nunca de un solo objeto. Eran de tres. Lo aprendí buscando azucarillos de niña.

Voy al trastero. Lo abro con la cerradura nueva, la de mi llave plana habitual. Dentro está el cubo de la podadora, las dos bicis de los niños, la caja de herramientas, el saco de mantillo, las macetas vacías. El tablero del fondo donde encontré las cartas está colocado en su sitio, encima del hueco vacío. Lo levanto. Dentro del hueco rectangular ya no hay nada: las cartas las saqué hace nueve días.

Pero la madera del hueco. La paredes del hueco son cuatro tablones de pino tratado de un metro por cuarenta centímetros. Los tablones del lado derecho y del lado izquierdo están clavados al suelo del hueco. Los del fondo y del frente — a primera vista — también. Pero el del fondo, mirándolo bien, no encaja del todo con el suelo. Sobresale dos milímetros. Solo dos. Pero se ve cuando una se agacha y mira de lado.

Me agacho. Aprieto el tablón del fondo. No cede. Aprieto al revés, hacia atrás. Cede. El tablón gira sobre una bisagra interna, oculta por la propia madera, hacia un compartimento secundario que está detrás. Detrás del tablón hay un segundo hueco más pequeño — del

tamaño de un álbum grande. Dentro hay un objeto envuelto en papel marrón.

Lo saco. Pesa.

Lo subo al estudio. Cierro la puerta. Lo pongo sobre la mesa de trabajo. Quito la cuerda. Quito el papel marrón.

Dentro hay un álbum. Tapas duras, cubierta verde oscuro, sin etiqueta en la portada. Ribete dorado en los cantos. Es un álbum de fotos clásico, de los que se vendían en las papelerías de los años noventa, con las hojas de cartulina negra y las esquinas adhesivas para sostener cada foto. Pero las fotos no son de los años noventa.

Las fotos son de Olivia.

Abro la primera página.

Foto número uno. Catorce de marzo de dos mil diecinueve. Hospital Universitario Quirón, Madrid. Olivia recién nacida en la cuna del paritorio, con un gorrito blanco y una pulsera amarilla en el tobillo. Foto tomada desde la puerta, no desde el lado de la cuna. Se nota porque hay una pared blanca al borde de la imagen, la pared del pasillo. La fotógrafa estaba en el umbral, no en la habitación. Tomada con una cámara pequeña, no con un móvil. La calidad es buena pero la posición es la de quien estaba pasando por allí con una cámara escondida.

Foto número dos. Quince de marzo de dos mil diecinueve. Olivia en mi pecho, en la habitación de hospital. Yo aparezco de espaldas, con un camisón verde de hospital y el pelo recogido en una coleta torcida. Esta foto la tomó alguien que estaba en el pasillo y entró un momento. Yo no la vi. Yo no sentí que entrara nadie. La habitación tenía la luz de las dos de la tarde.

Sigo pasando.

Foto número tres. Marzo de dos mil veinte. Olivia tiene un año. Está en el parque del paseo de los Castaños, en una mantita rosa, con el peluche del gato. Yo estoy a la izquierda en la imagen, leyéndole un cuento. La toma es lateral, desde unos quince metros, detrás de un seto. Es una foto de teleobjetivo.

Foto número cuatro. Septiembre de dos mil veinte. Olivia, dieciocho meses, dando los primeros pasos solos en mi salón. Olivia avanza tres pasos hacia la cámara antes de caer al suelo riéndose. La cámara está en mi salón. Está en mi salón.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Aprieto los dedos. Sigo.

Foto cinco — verano dos mil veintiuno, Olivia en la piscina de la urbanización con los niños del 22, distancia media, foco a Olivia. Foto seis — fiesta de los cuatro años de Olivia en marzo de dos mil veintitrés, Olivia soplando velas, hecha desde la ventana del jardín delantero, no desde dentro. Foto siete — primer día de cole de Olivia en septiembre de dos mil veintitrés, Olivia entrando con la mochila demasiado grande y mi marido detrás. Foto ocho — Olivia en la heladería del paseo, abril de dos mil veinticuatro, lamiendo un cucurucho de limón. Foto nueve — Olivia con una venda en la rodilla derecha, mayo de dos mil veinticuatro, justo después de la caída del columpio.

Hay veintiocho fotos en total. Las cuento. De marzo de dos mil diecinueve a julio de dos mil veintiséis. Una foto cada tres meses, aproximadamente. Tomadas siempre a distancia, con teleobjetivo, sin que yo las viera tomar. Tomadas desde lugares que Sofía no tendría que haber conocido, salvo que llevara siete años conociéndome.

Las fotos están ordenadas cronológicamente con una caligrafía pequeña a lápiz al pie de cada hoja, indicando la fecha y el lugar. La caligrafía no es de mi madre. Es la caligrafía de Sofía. La he visto en

el sobre que metió bajo mi puerta junto a un Tupper de magdalenas el mes pasado para dar las gracias por la bandeja.

Cierro el álbum.

Me siento en la silla de trabajo. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto fuerte. Lo suelto.

Mi hermana melliza ha vivido siete años espiando a mi hija menor sin que yo, su madre, lo registrara una sola vez. Y mi hermana melliza, hace nueve días en mi porche, me dijo que había venido «solamente a estar».

Estar, dijo.

Estar significa esto.

---

# Capítulo 29 · El hospital

El miércoles a las once de la mañana entro en el Hospital Universitario Quirón de Madrid, planta de archivos, segunda planta del edificio sur. Le digo al señor del mostrador que soy paciente — lo cual es cierto, parí allí a Olivia el catorce de marzo de dos mil diecinueve — y que vengo a solicitar copia de mi expediente de parto. El señor me da un formulario. Lo relleno. Espero veinte minutos en una sala con sillas de plástico azul. Una administrativa de unos cincuenta años, gafas, pelo gris con permanente, me llama por mi apellido.

—¿Doña Marta del Río?

—Soy yo.

—Pase, pase, querida. Soledad. Soledad Hidalgo. Encantada.

Me siento en la silla enfrente de su mesa. Soledad teclea en el ordenador. Saca un fajo. Me lo pasa.

—Aquí tiene, querida. Su expediente del catorce de marzo. ¿Necesita algo más?

—Sí, Soledad. Tengo una pregunta un poco rara. ¿Sería posible saber qué personal estaba de turno ese día en el preparto? No el médico, eso ya lo tengo. Las auxiliares.

—¿Las auxiliares?

—Sí.

—Querida, esos datos no se los puedo dar yo así. Tendría que pedirlo el comité de ética.

—Soledad. Mire. Lo voy a poner claro porque no quiero hacerle perder el tiempo. Tengo la sospecha fundada de que ese día, en el preparto, había una auxiliar suplente que no era de la plantilla habitual. Llevo siete años con esa sospecha y la tengo confirmada por testimonio de la propia persona. Lo que necesito es que el dato me lo confirme alguien del hospital, oficialmente, para mi tranquilidad. No voy a denunciar nada. Ni a usted ni a nadie.

Soledad me mira. Soledad ha visto a muchas mujeres pasar por su mesa con pleitos, con divorcios, con disputas por la custodia. Soledad me reconoce.

—Querida. Espéreme aquí cinco minutos.

Sale. Vuelve a los siete minutos. Cierra la puerta. Se sienta. Me mira por encima de las gafas.

—Mire, doña Marta. Yo no puedo darle un papel. Pero sí le puedo decir, de palabra, lo que pone en el listado. Ese día, en preparto, había cinco auxiliares de turno. Cuatro eran de la plantilla. La quinta era una suplente contratada por la agencia francesa Reemplazo Galicia con sede en Bilbao, contratada por una sola semana, del once al diecisiete de marzo de dos mil diecinueve. Su nombre, según figura, era Sofía Cárdenas Aroca. Su DNI, según figura, era un DNI español emitido en mil novecientos noventa y siete. Lo busqué en su día porque me llamó la atención. La razón por la que lo busqué es que era la primera vez que la agencia esa nos mandaba a alguien y la última vez que lo hizo. La empresa la usamos solo esa semana.

—Soledad.

—Doña Marta. Yo no puedo darle un papel con esto, ¿eh? Pero a usted le digo lo que figura. Que conste también que la auxiliar prestó servicio normal. No hubo incidencias en su trabajo. No firmó nada que requiriera responsabilidad médica. Era auxiliar, no enfermera. Le ponía las vías a las parturientas, hacía los pequeños

trasiegos, cambiaba sábanas. Si ella le puso a usted la vía, doña Marta, esa vía está en su expediente.

Abro el expediente. Voy al apartado «administración periférica de fluidos». Lo encuentro. Vía periférica del catorce de marzo de dos mil diecinueve a las dieciocho horas y veinticinco minutos. Iniciales en el campo de firma: S.C.A. Sofía Cárdenas Aroca.

Mi hermana, treinta y dos años después de la última vez que me había puesto las manos encima — me peinaba el flequillo con los dedos en el patio de los abuelos cuando una tarde me clavé una astilla —, volvió a tocarme una tarde de marzo de dos mil diecinueve, a las dieciocho y veinticinco, en un hospital de Madrid. Yo creía que ese hospital era un sitio neutro. No lo era.

Le doy las gracias a Soledad. Recojo mi expediente. Bajo a la cafetería del hospital. Me pido un cortado. Lo dejo en la mesa.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto demasiado. Me hago daño. Lo suelto.

Esa vía. Esa vía me la puso ella. Yo me dejé poner una vía en marzo de dos mil diecinueve por la única persona en el mundo que llevaba cuarenta y dos horas siendo simultáneamente mi hermana melliza desaparecida y la mujer que iba a vivir siete años fotografiando a mi hija a distancia.

Mi hija ha vivido siete años con una sombra que la observaba sin que nadie lo supiera.

# Capítulo 30 · La residencia

El miércoles por la tarde, al volver del Quirón a Pozuelo, llamo a la residencia donde está mi padre. Don Antonio del Río, ingresado en marzo de dos mil veintidós cuando el alzhéimer le impidió seguir viviendo solo en Toro. La residencia es Aldea Encina, en la afueras de Salamanca. Pago nueve mil euros al año. Llamo cada quince días. Voy una vez al año.

Mi última visita fue en agosto del año pasado. Le encontré en una silla de ruedas junto a una ventana, mirando un olmo, sin hablar. La cuidadora me dijo «hoy está tranquilito, doña Marta». Yo le besé la frente. Él no me reconoció. Me fui dos horas después.

Marco el fijo. Me responde la recepcionista.

—Aldea Encina, ¿dígame?

—Buenos días. Soy Marta del Río. Llamo por mi padre, don Antonio del Río. Me gustaría hablar con la directora si es posible.

—Doña Marta. Espere un momento.

Espero. Espero más de lo normal. La directora suele estar disponible al primer aviso. Hoy no.

Vuelve la voz, esta vez no la recepcionista.

—Doña Marta, soy Pilar Espuelas. La directora.

—Pilar. Te llamaba para preguntar por mi padre. ¿Cómo está?

Silencio.

Cinco segundos de silencio.

—Doña Marta. ¿Puede usted desplazarse a la residencia esta semana? Hay algo que quería hablarle en persona.

—Pilar, dígamelo ahora, por favor.

—Doña Marta.

—Pilar.

Pilar inspira. Suelta el aire. Habla más despacio de lo normal.

—Doña Marta. Su padre falleció el doce de octubre de dos mil veinticinco. Hace seis meses.

Aprieto el móvil.

—¿Cómo?

—Hace seis meses. El doce de octubre, en su habitación, mientras dormía. Una insuficiencia cardíaca. No sufrió.

—Pilar. ¿Hace seis meses?

—Sí, doña Marta.

—¿Y por qué no me avisaron?

Silencio.

—Doña Marta. En el ingreso de su padre, su madre, doña Mercedes, había dejado dispuesto un anexo notarial que estipulaba que, en caso de fallecimiento de don Antonio antes de febrero de dos mil veintiséis, la familia no debía ser informada hasta que cesara el plazo notarial. La familia se notificaría a partir de febrero de dos mil veintiséis.

—¿Mi madre?

—Sí. Su madre dejó pagado el silencio, doña Marta. Lo dejó pagado a la residencia, al notario, a todo. Nosotros llevamos seis meses a la espera de la notificación notarial. Yo le hubiera llamado a usted hace meses. Pero el contrato me lo impedía.

—Pilar, dime que me estás vacilando.

—No, doña Marta. Lo siento. No es vacilón.

—¿Dónde está mi padre?

—En el cementerio de Toro, doña Marta. Su madre dejó dispuestas también las exequias y el lugar. Don Antonio fue enterrado el catorce de octubre, en una ceremonia privada que dirigió el notario don Higinio Vázquez. Asistieron el notario, la cuidadora principal, la abogada de su madre y un sacerdote. Todo conforme a las instrucciones.

Aprieto el móvil tan fuerte que la pantalla cruje.

—Pilar.

—Dígame, doña Marta.

—Quiero el extracto del contrato del silencio. Quiero la copia. Me la mandas hoy por correo electrónico.

—Sí, doña Marta. Esta tarde.

—Y, Pilar.

—Dígame.

—Mi madre, en alguna llamada o visita anterior, ¿le mencionó a usted, en algún momento, otra hija mía? ¿Una hermana? ¿Algo que pareciera fuera de lugar?

Pilar duda.

—Doña Marta. Su madre vino a ver a su padre catorce veces entre dos mil veintidós y dos mil veinticuatro. Yo lo sé porque firmé yo misma el cuaderno de visitas. En tres de esas catorce visitas vino acompañada de una mujer joven que parecía hija o sobrina. Yo nunca le pregunté. Su madre dijo en una de esas tres visitas, en el pasillo, que era «la otra». No insistió. Yo tampoco. No me correspondía.

—«La otra».

—Sí, doña Marta. Esas fueron las palabras. Lo siento.

Cuelgo.

Me siento en la cocina con el móvil sobre la mesa. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto fuerte. Lo suelto.

Mi madre llevó a Isabel a ver a mi padre. Mi madre, en una residencia de Salamanca, en alguna tarde entre dos mil veintidós y dos mil veinticuatro, presentó a su hija escondida a su marido cabeza-perdida bajo la fórmula de «la otra». Mi padre, en la fase del alzhéimer en la que estaba, igual no entendió nada. Igual sí.

Y mi madre dejó pagado el silencio sobre la muerte de mi padre durante seis meses, para que las cartas de Sofía y la entrega del notario y la mudanza de septiembre llegaran antes que la noticia de la muerte. Mi madre no quería que yo me enterara de la muerte de mi padre antes de saber que Isabel estaba viva.

¿Cuántas otras instrucciones póstumas dejó mi madre que yo todavía no conozco?

# Capítulo 31 · La botella de vino

El domingo a las nueve y diez de la noche, con los niños en casa de los padres de Álvaro, suena el timbre.

Álvaro está en el sofá del salón viendo un partido grabado del Real Madrid. Yo estoy en la cocina recogiendo los platos de una cena tonta — tortilla francesa y ensalada — que hemos preparado los dos juntos por primera vez en tres semanas. La casa está silenciosa. Las casas pequeñas son ruidosas con niños y silenciosas sin ellos, pero las casas grandes son lo contrario: con niños son llevaderas, sin niños son grandes.

Voy a la puerta. Abro.

Sofía. Lleva un pantalón ancho color crema y una camisa blanca de manga larga. Pelo recogido en moño bajo. En la mano izquierda una botella de vino tinto de Ribera del Duero, etiqueta sobria, año dos mil dieciocho. En la mano derecha nada.

—Marta.

—Sofía.

—No vengo a que me invites.

—Pasa.

—Marta. Antes de pasar, quiero pedirte una cosa difícil. Quiero pedirte que me dejes contártelo todo. Esta noche. Las dos. Las tres horas que haga falta. Sin Álvaro, sin ningún testigo, sin grabadoras, sin pruebas. Solo nosotras.

—¿Por qué esta noche?

—Porque mañana te puede llamar la directora de Aldea Encina y contarte de oficio lo de papá. Porque pasado mañana se sabe en el cole lo de Hugo. Porque dentro de una semana o dos, la urbanización va a tener una versión mía o la tuya. Si no me dejas contártelo todo a ti antes que se la cuenten otros, todo lo que pase a partir de ahora va a ser ajeno a las dos.

—Álvaro.

—Álvaro está en el salón viendo el partido. Lleva dos meses queriendo hablar contigo en silencio. Esta noche te lo merece. Y él te lo merece.

Me la quedo mirando. Es la frase más generosa que ha dicho una persona en mi puerta este año. Es la frase de alguien que sabe lo que cuesta no estar. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto.

—Sofía.

—Isabel.

—Isabel. Pasa.

Entra. Le hago una seña hacia la cocina. Sofía no quiere ir al salón porque allí está Álvaro. Se nota que Sofía respeta a Álvaro de antemano. Pasamos a la cocina. Le digo a Álvaro al pasar por delante del sofá «cariño, voy a estar con Isabel un rato. Si quieres, tú sigue con el partido». Álvaro me mira. Dice «vale». No pregunta más. Siete años de matrimonio enseñan a no preguntar más cuando una mujer pasa por delante con su hermana muerta a su lado.

En la cocina pongo dos copas de vino. Saco el sacacorchos. Sofía descorcha. Sirve los dos vasos. Me pasa el mío. Brindamos sin decir nada.

Bebemos.

—Empieza —digo.

Y empieza.

# Capítulo 32 · Las tres horas

A las nueve y veintidós de la noche, una hermana melliza desaparecida hace treinta y dos años empieza a contarle a su hermana mayor la vida que no compartieron. Yo me siento enfrente. Apago el móvil. Apago la radio. Cierro la puerta de la cocina. Y escucho.

Isabel cuenta. Cuenta despacio. Cuenta como cuenta una persona que ha ensayado este relato durante dos décadas pero ha decidido no usar nada de lo ensayado. Cuenta sin poesía. Cuenta sin justificaciones.

Cuenta los seis años de convento. Las Carmelitas de Salamanca. La madre superiora, sor Eulalia, que la trataba con paciencia y le enseñó francés porque sabía que en algún momento la iban a entregar a una familia francesa. Las niñas del convento. Ella no era huérfana, ella no era hija ilegítima reconocida, ella era una niña que no constaba en ningún registro civil porque su madre la había sacado de Salamanca antes de inscribir nada. La inscripción del nacimiento de Isabel del Río Andrade existía, pero la madre la había falsificado vital a posteriori.

Cuenta la entrega a la familia francesa. Una pareja de Lyon, católicos, la mujer no podía tener hijos. Le pusieron Sophie. Le dieron el apellido Cardenas, que era invención del convento — más español, más español que un primo segundo de Salamanca, más español que la calle donde Isabel había nacido. Sophie creció en Lyon hasta los dieciocho.

Cuenta los dieciocho años en Francia y Suiza. La universidad en Lyon, diseño gráfico. Sophie sabía desde los diez años que era española y que tenía una hermana melliza viva en algún lugar — la madre superiora se lo había dicho antes de la entrega. Pero Sophie

no sabía dónde, ni cómo se llamaba la hermana, ni qué edad tenía. Esa información quedó cerrada hasta dos mil dieciocho.

Cuenta la muerte de Mercedes. En febrero de dos mil dieciocho Sophie recibió en Lyon una carta certificada del despacho de don Higinio. La carta le decía: «Doña Mercedes Andrade Aguilera ha fallecido. Existen comunicaciones a su nombre custodiadas en esta notaría. Si desea reclamarlas, persónese con identificación que acredite filiación». Sophie llevaba dos años usando un detective privado en España para localizar a su madre. La carta del notario llegó tres días después de que el detective le confirmara la dirección de la enfermera de Mercedes en sus últimos meses.

Sophie viajó a Salamanca en abril de dos mil dieciocho. Don Higinio le entregó un fajo de cartas de Mercedes — no las treinta y siete que estaban en la caja del trastero de Pozuelo, sino otras veintidós, escritas entre dos mil siete y dos mil diecisiete, en las que Mercedes le contaba a una hija perdida la vida que llevaba la otra. Sophie leyó las veintidós cartas en una pensión de Salamanca durante cuatro días.

Y entonces decidió la cosa concreta que decidió: ir a ver al hospital en el que su hermana iba a parir su segunda hija. La fecha — catorce de marzo de dos mil diecinueve — Mercedes la había anticipado en una de las últimas cartas a partir de chismes de pueblo y de fotos de embarazo que Mercedes había conseguido a través de prensa local de Pozuelo. Una agencia francesa de auxiliares sanitarias suplentes la contrataba de una semana al hospital. Sophie se inscribió.

Cuenta los siete años posteriores. Vivió en París — no en Lyon — con el dinero ahorrado. Trabajaba en remoto para clientes franceses. Venía a Pozuelo cinco o seis veces al año, dos o tres días cada vez, en hoteles distintos. Tomaba veintiocho fotos a Olivia, una cada tres meses. Las pegaba en un álbum de tapas verdes en un piso de París. No las enseñaba a nadie. No le contaba a nadie de su

existencia. Su pareja en París, una pintora francesa llamada Béatrice, no supo nunca de la existencia de Marta hasta marzo de dos mil veintiséis, cuando Sophie le explicó que iba a mudarse a España por seis meses. Béatrice no se opuso. Béatrice tampoco la siguió.

Cuenta la mudanza. Marzo de dos mil veintiséis: tramita el DNI español en Madrid. Mayo: contacta con Beatriz Sanguino, notaria en Salamanca, para alquilar una casa en una urbanización cercana a la de Marta. Agosto: don Higinio le notifica que las instrucciones póstumas de Mercedes pueden ya ser ejecutadas. Septiembre: Sofía se muda al 16 de Las Encinas Bajas.

A las doce y veinte de la noche Isabel termina.

Bebe el último sorbo de su copa.

Me mira.

—Marta. No quiero quitártela. Quiero estar cerca.

Yo asiento. No digo nada. Tres horas escuchando es un trabajo mayor que el de hablar.

Isabel se levanta. Quiere irse. Yo le hago un gesto con la mano para que espere. La detengo. Me pongo de pie. Avanzo dos pasos hacia ella. La miro a la cara.

Y entonces le veo la barbilla.

Justo bajo el labio inferior, entre la comisura izquierda y el centro del mentón, hay una cicatriz horizontal de tres o cuatro centímetros. Fina. Antigua. Casi imperceptible bajo cierta luz, pero visible a un metro cuando una sabe mirar.

Es la mía.

La cicatriz que llevo desde los ocho años, desde aquella tarde de mil novecientos ochenta y nueve en la que Isabel y yo nos caímos del columpio del patio de los abuelos golpeándonos las dos al mismo tiempo contra el borde de cemento. Mi madre nos llevó al ambulatorio. Cinco puntos cada una. Las dos nos quedamos con la misma cicatriz en el mismo sitio, en el mismo momento, con el mismo médico, con el mismo hilo.

Llevo treinta y siete años mirándomela en el espejo cada mañana. Llevo treinta y dos años creyendo que la única cicatriz vivía bajo mi labio.

No.

Hay dos. La otra está en mi cocina, a las doce y veintidós de la noche de un domingo de octubre de dos mil veintiséis.

Levanto la mano. La acerco a la barbilla de Isabel. No la toco. Me detengo a un dedo de su piel.

Isabel cierra los ojos. No se mueve.

Yo bajo la mano. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto.

Isabel abre los ojos.

—Marta.

—Vete a casa, Isabel. Por hoy ya es bastante.

Isabel asiente. Recoge la botella, deja la copa. Se va. Cierra la puerta tras ella sin hacer ruido.

Yo me quedo sola en mi cocina, con la copa de vino vacía y una cicatriz que durante treinta y dos años fue solo mía.

Y comprendo que mañana va a empezar el silencio más difícil de mi vida.

# Capítulo 33 · El silencio del lunes

El lunes no llamo a Isabel. Isabel no me llama a mí. El martes no la llamo. El miércoles tampoco. El jueves tampoco. El viernes tampoco.

Cinco días sin acercarnos.

El lunes a las siete de la mañana acompaño a Hugo y a Olivia al cole. Cuando volvemos del coche, Sofía está en el porche de su casa regando la jazminera. Levanta la cabeza. Me mira. No saluda. Yo no saludo. Cada una entra en su casa.

El martes a las once de la mañana coincidimos en el contenedor amarillo del reciclaje. Sofía con la bolsa de tela. Yo con un cubo de plástico azul. No nos hablamos. Cada una echa su parte. Cada una se va.

El miércoles a las cinco menos cuarto, en la salida del cole de los niños, después de que Olivia se haya subido al coche y Hugo se haya ido a su clase de fútbol, aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice durante el semáforo de la calle Bernabeu. Lo suelto cuando se pone verde. Olivia me pregunta:

—Mami, ¿por qué la tía Sofi ya no viene a tomar el café por las mañanas?

—Estamos las dos un poco liadas, mi amor.

—¿Os habéis enfadado?

—No, mi amor.

—¿Tú estás bien?

—Estoy bien, princesita.

—¿De verdad?

—De verdad.

Olivia me pasa la mano por la mejilla. Tiene siete años y siete meses. Tiene las manos pequeñas. Tiene la palma fría.

—Mami.

—Dime.

—La tía Sofi me dijo el viernes que tú eras la mejor mamá del mundo. Me dijo que si no fuera por ti, mucha gente lloraría más. Y luego se rio. Y luego me dio un caramelo.

Aprieto el volante del Mini. Lo aprieto medio segundo. Lo suelto.

—Olivia.

—Dime.

—Mami te quiere muchísimo, ¿lo sabes?

—Lo sé, mami.

El jueves no cruzo la calle. El viernes no cruzo la calle.

Por la noche del viernes, en la cama, Álvaro me pregunta:

—¿Vas a hablar con ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando sepa qué decirle.

—¿Y eso cuándo es?

—No lo sé.

Álvaro me coge la mano. La apoya sobre su pecho. Se duerme.

Yo me quedo despierta hasta las dos y cuarto.

Pienso en la cicatriz.

Pienso en mi madre llevando a Isabel de visita a la residencia de mi padre en dos mil veintidós.

Pienso en las veintiocho fotos de Olivia.

Pienso en la frase de Olivia: «Si no fuera por ti, mucha gente lloraría más».

Y a las dos y veinte, en la oscuridad, con Álvaro respirando regular a mi lado, formulo la pregunta que llevo cinco días posponiendo y que es la única pregunta de fondo que importa.

¿Qué hace una con una hermana melliza viva tras treinta y dos años de duelo silencioso?

---

# Capítulo 34 · La cicatriz pública

El sábado siguiente, María Bermejo organiza una cena de cuatro vecinas en su casa. Es la primera cena del otoño en Las Encinas Bajas, una tradición que María mantiene desde antes de que Pablo muriera. Cuatro mujeres alrededor de su mesa redonda de roble, cuatro platos de cocido madrileño que María hace por la mañana y deja reposando todo el día, cuatro copas de tinto, dos botellas. Carolina Pereda, Eva del 22, María, yo. Y Sofía. María invitó a Sofía hace tres semanas, cuando Sofía y yo todavía nos saludábamos.

Llego a las nueve y diez. María me abre. Me da los dos besos. Me dice al oído: «Isabel ya está aquí». Lo dice así, sin nombrarla Sofía. María, en algún momento de los últimos cinco días, ha sabido la verdad. No le he contado nada. Pero en una urbanización de catorce años, las verdades se comunican por aire.

Carolina me saluda con un abrazo demasiado largo. La abrazo flojo. Eva me da los dos besos. Sofía me sonríe desde el sofá. Le devuelvo la sonrisa. Es la primera vez que le sonrío en seis días.

Me siento. La cena empieza. Dos platos. Vino. Conversación de cosas blandas — el cole, el club, el supermercado, una serie de Netflix que Eva está viendo. Dos veces alguien hace amago de tocar el tema Sofía y dos veces el grupo rebota a otra cosa. Las mujeres de Las Encinas Bajas saben cuándo no insistir.

Hacia las once, en el postre, Carolina suelta:

—Por cierto, Marta. Mira lo que me pasó el otro día.

Carolina se levanta el flequillo y enseña una cicatriz fina en la frente. Dos centímetros. Curada hace décadas.

—De los seis años. Me caí del caballito de un parque. Una de esas cosas. La gente de mi edad tiene cicatrices de las cosas más

absurdas.

—De los siete —dice Eva, sonriendo—. La mía es del recreo del colegio. Me empujó un compañero. Tres puntos, aquí. —Se baja un poco el cuello del jersey y enseña el centímetro y medio bajo la clavícula derecha.

—La mía —dice María— es del año del divorcio de mi hermana. Me corté pelando una cebolla. Eso ya no es de niña, es de adulta atontada. Mira, en el dedo índice. —Levanta el dedo.

Las cuatro nos reímos.

Y entonces Sofía deja la copa sobre la mesa. Mira a las cuatro. Sonríe.

—La mía es de la barbilla. Casi no se ve. Pero ahí está. De los ocho años. Una caída de un columpio.

Levanta la cara hacia la luz del aplique. Adelanta el mentón medio centímetro. La cicatriz horizontal, antigua, aparece en el sitio exacto, debajo del labio inferior, entre la comisura izquierda y el centro.

Carolina se inclina a verla.

—Ay, Sofía, qué fina, qué bien hicieron los puntos.

—¿Te dolió mucho? —dice Eva, también inclinándose.

—No me acuerdo, la verdad. Era pequeña. Lo único que recuerdo es a mi madre llevándome al ambulatorio del pueblo y al médico cosiendo con un hilo muy fino y diciéndole a mi madre: «Esta cicatriz desaparece en treinta años». Llevamos ya cuarenta y aquí sigue. Los médicos mienten.

Las tres se ríen.

María me mira.

María sabe.

Yo no me inclino.

Yo no me río.

Yo sostengo la copa de vino con las dos manos sobre la falda de mi vestido y miro a Sofía a los ojos. Sofía me devuelve la mirada un segundo. La devuelve sin pedirme nada. La devuelve como diciéndome: «No me la tienes que confirmar tú. Esto ya no es nuestro secreto. Ya lo saben las otras tres».

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice por debajo del pelo, donde Carolina y Eva no pueden verlo. Lo aprieto cinco segundos. Lo suelto.

Carolina vuelve a su silla. La conversación pasa a otra cosa — un viaje a Cantabria que Eva está planeando, un restaurante nuevo en Pozuelo viejo. Yo asiento sin participar. María me mira de vez en cuando con una pregunta en los ojos. Yo le devuelvo la mirada con una respuesta breve. La respuesta breve es: déjame.

A medianoche María nos saca a las cuatro a la puerta. Carolina se va primero. Eva se va detrás. Sofía sale conmigo. Las dos caminamos por el paseo de los Jazmines hacia nuestras dos casas, dos casas adosadas, dos puertas a dos metros.

—Marta.

—Sofía.

—Tenía que pasar.

—Sí.

—No para hacerte daño. Para que la urbanización lo sepa antes de que lo investigue.

—Sí.

—Marta. La verdad ya no es solo nuestra.

—Lo sé.

—¿Estás enfadada?

Lo pienso un segundo. Lo pienso de verdad, no para responderle deprisa.

—No. Estoy mareada.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

Cada una entra en su casa.

Cierro mi puerta. Apoyo la espalda en la madera. Cierro los ojos.

La verdad que era mía durante treinta y dos años, esta noche, ha sido vista por cuatro pares de ojos en la mesa de María Bermejo. La verdad ha salido de mí. La verdad ya no la puedo guardar.

Y comprendo, allí mismo, contra la puerta, que la decisión ya no es si Isabel se queda o se va.

La decisión es si la cuento yo o la cuentan los demás.

# Capítulo 35 · La grabación

El domingo a las once de la mañana cruzo la calle. Toco el timbre de Sofía. Le digo: «¿Tomamos un café en mi porche?». Sofía dice: «Voy en cinco minutos».

A las once y siete está en mi porche con su termo y sus dos vasos. Yo llevo en el bolsillo izquierdo del cárdigan el móvil con la grabadora del dictáfono encendida. La pantalla apagada. La grabadora corriendo. Lo decidí esta mañana a las nueve, después de haber pasado la noche entera haciéndome una pregunta concreta: si Isabel, dentro de tres meses, se arrepiente y decide pedir custodia compartida o régimen de visitas, ¿qué tengo yo? Respuesta: nada. Yo tengo treinta y siete cartas de mi madre, una llave Yale antigua, un álbum verde con veintiocho fotos. Esas son cosas mías. Esas no me defienden. Las únicas pruebas reales de que Isabel sabía lo que estaba haciendo y aceptaba un papel limitado son las palabras que ella misma me dijo el domingo pasado en mi cocina. Y esas palabras, sin grabar, son aire.

Sofía sirve el café. Sirve dos sobres de azúcar moreno al lado, no en la copa, porque ya sabe que yo le pongo el azúcar yo misma y solo a veces.

—Marta.

—Sofía.

—Llevas seis días sin acercarte. Te lo agradezco.

—¿Lo agradeces?

—Sí. Necesitabas el silencio. Yo también.

—Sofía.

—Dime.

—Quiero que me cuentes una cosa que el otro día no me contaste.

—¿Cuál?

—¿Por qué, en marzo de dos mil diecinueve, decidiste que ibas a quedarte cerca de Olivia? Tu hermana te había parido a una niña en Madrid. Tú podías haberte ido a Lyon. ¿Por qué decidiste quedarte siete años?

Sofía se queda callada. Mira la jazminera. Mira mi mesa de teca. Vuelve a mirarme.

—Marta. Cuando vi a Olivia recién nacida, vi a Isabel. Vi a la niña que yo había sido a los seis meses, en el regazo de mi madre, en una foto en blanco y negro que la familia francesa me dio cuando cumplí dieciséis. La cara de Olivia tenía mi cara. Y entonces me di cuenta de una cosa: una madre, cuando una madre está intentando reparar lo que rompió, la madre intenta reparar a través de la siguiente generación. Mamá no me había hecho daño a mí. Mamá había hecho daño a la familia. Y yo, viendo a Olivia, comprendí que la única manera de no convertirme en alguien que continuara haciendo daño a la familia era estar cerca de Olivia. No quitársela. Estar.

—¿Y si yo te hubiera echado al verte?

—Me iba a Lyon.

—¿Y entonces? ¿No volvías?

—No volvía nunca.

—¿Y eso lo aceptabas?

—Lo aceptaba. Marta. Yo he vivido sin esta familia treinta y dos años. Si tú me echas, vuelvo a vivir sin ella. Lo que ha cambiado en mi vida con esta visita no es lo que he conseguido. Es lo que he visto. Yo ya he visto. Yo ya no necesito más.

—¿Eso es verdad?

Sofía me mira fijo.

—Eso es verdad.

Bebe el café.

—Marta.

—Sofía.

—¿Tú vas a echarme?

Pongo la taza sobre la mesa. La pongo despacio. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice, sin esconderlo esta vez. Sofía mira el gesto. Sofía sabe el gesto. Sofía lleva quizá cincuenta años sin verme apretarme el lóbulo y todavía lo reconoce.

—No lo sé todavía.

—Vale.

—¿Si yo te echo, tú vienes algún año a la boda de Olivia?

—Si tú me invitas, sí. Si no me invitas, no.

—¿Si no te invito, te quedas conforme?

—Sí.

—¿Sí cómo?

—Sí porque ya he tenido siete años. Que los demás no los he tenido es responsabilidad de mamá. No tuya.

Asiento. No le digo nada más. Bebo. Apago disimuladamente la grabadora del dictáfono dentro del bolsillo izquierdo del cárdigan.

A las once y treinta y dos Sofía recoge los vasos. Me da las gracias. Se va.

Yo entro en casa. Subo al estudio. Pongo el móvil sobre la mesa. Toco el archivo de la grabación. Lo escucho entero. Veintidós minutos y doce segundos. La voz de Sofía se oye con nitidez. La voz de la mujer que ha aceptado, ante mí, que si la echo se va sin pelear; que si me arrepiento más adelante y la invito, viene; que el plan que tenía en marzo de dos mil diecinueve era estar, no quitar; que su madre y su hermana, las dos, son responsabilidad suya y que ese es el motivo por el que se queda.

Esa grabación, en una sala judicial, vale oro. Esa grabación, en cualquier procedimiento de regularización futura, le quita a Sofía cualquier base para reclamar por encima de mí.

Esa grabación tiene poder.

Y yo, después de escucharla, tengo el poder.

Apago el móvil.

Me quedo sentada en mi silla de trabajo con el móvil sobre la mesa.

Puedo destruir su vida con un botón. O puedo no.

# Capítulo 36 · La cafetería

El lunes a las doce y diez le mando un mensaje a Sofía por WhatsApp. Es la primera vez en mi vida que le mando un mensaje a Sofía Cárdenas Aroca por WhatsApp.

> *Sofía. Quiero comer contigo hoy. Lejos de la urbanización. ¿Te va bien la una y media en La Trastienda de Pozuelo Centro?*

Tres minutos después contesta.

> *Voy.*

A la una y veinticinco aparco el Mini en la calle Iglesia. Camino dos minutos hasta La Trastienda. Es una cafetería de barrio, mesas de mármol, paredes de azulejo, dueño con bigote, clientela mayor. Buena para conversaciones que necesitan tiempo y para no encontrarte con nadie de la urbanización.

Sofía está en la mesa del fondo a la derecha, junto a la ventana que da al patio interior. Lleva un pantalón vaquero y un jersey gris. Ha llegado antes. Se levanta cuando me ve. No me da besos. Yo le hago un gesto con la cabeza.

Me siento. Pido manzanilla. Sofía pide café cortado.

—Sofía.

—Marta.

—Te voy a hacer una pregunta. Y te voy a pedir una respuesta clara, sin metáforas. Es importante.

—Adelante.

—¿Tú qué quieres exactamente? No mañana. Ahora. En las próximas semanas. ¿Qué quieres?

Sofía me mira. Bebe un sorbo del cortado. Pone la taza sobre el platillo. Espera tres segundos. Y entonces lo dice.

—Marta. Quiero ser la tía. Solo eso.

—Define tía.

—Ver a Olivia y a Hugo con tu permiso. Cumpleaños. Un par de tardes al mes. Cocinar con ellos cuando tú estés en una reunión. Llevarles un día a un museo. Existir como existencia regularizada en sus vidas. No reclamar nada. No firmar nada. No estar en tus fotos familiares si tú no me invitas. No competir con tus hermanas de Álvaro ni con sus padres ni con María Bermejo ni con nadie. Tía pequeña. Tía discreta. Tía que llega y se va.

—¿Eso es suficiente para ti?

—Marta. Mira. He vivido cincuenta y cuatro años sin familia. Doce con mamá, seis en convento, treinta y seis sin nadie de mi sangre. La cantidad de tía que necesito es muy poca. Cualquier cantidad mayor que cero ya es más de lo que he tenido en mi vida.

—Sofía.

—Marta.

—¿Y Olivia?

—¿Qué pasa con Olivia?

—¿Tú no quieres que un día Olivia te llame mamá, o algo parecido?

Sofía se inclina hacia delante. Pone los dos brazos sobre la mesa. Me mira.

—Marta. Olivia tiene una madre. Yo nunca quise quitársela. Nunca. Eso no lo voy a hacer ni por descuido. Si Olivia un día, por iniciativa propia, me llama tía Sofi, lo aceptaré. Pero mi posición es la de tía. Y

mi posición es la que voy a defender frente a mí misma todos los días que me queden.

—Sofía.

—Marta. Yo necesito mucho menos de lo que crees. Tú necesitas más control del que crees. La diferencia entre las dos no es lo grande de lo que pedimos. Es la dirección.

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto.

—Sofía. Te voy a pedir algo concreto.

—Adelante.

—Quiero que regularicemos tu identidad legal. No quiero que vivas en mi calle como Sofía Cárdenas Aroca, una mujer francesa con un DNI español de mil novecientos noventa y siete que el siguiente notario que mire bien va a desentrañar. Quiero que vuelvas a llamarte Isabel del Río Andrade. Quiero que el registro civil te restablezca. Quiero que mañana, si te pasa algo, los hospitales te atiendan como mi hermana. Y quiero que, dentro de veinte años, si me muero antes que tú, mi tumba en Salamanca aparezca al lado de la tuya, con apellidos.

Sofía se queda callada un segundo entero.

—Marta.

—Sofía.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, regularízame. Hazlo tú. Yo firmo lo que haga falta. Quita lo que pongas tú.

—Bien.

—Marta.

—Sofía.

—Gracias.

Le pago la cuenta antes de que ella la pida. Le doy un beso en la mejilla. Le digo: «Voy a ver a un abogado de familia esta semana. Te llamo cuando tenga papeles». Sofía asiente. Se va por la calle Iglesia hacia la parada del autobús.

Yo me quedo en la mesa con la taza de manzanilla a medio terminar.

Y comprendo, entre el azulejo blanco y el bigote del camarero, que la decisión que llevo cinco días posponiendo se acaba de tomar.

¿Es suficiente «solo eso» para una mujer que ha pasado treinta y dos años perdida?

Lo es.

# Capítulo 37 · La grabación tirada

Esa noche, después de cenar y de que Hugo y Olivia estén dormidos, subo al dormitorio. Álvaro está leyendo en la cama un libro de derecho mercantil que ya no le importa. Tiene las gafas en la punta de la nariz. Lleva días leyendo así, como si leer fuera una forma de no pensar en compliance.

Me siento en el borde de la cama. Saco el móvil. Lo pongo sobre la mesilla. Toco el archivo de la grabación. La conversación de Sofía y mía del domingo pasado en el porche aparece en la pantalla — duración 22:12. La voz de Sofía pequeña en el icono.

Álvaro me mira por encima de las gafas.

—Marta.

—Álvaro.

—¿Qué es eso?

—Una grabación que le hice a Sofía el domingo en el porche. Sin que ella lo supiera. Es la conversación entera. Si esta grabación entra en un juzgado, Sofía no puede pedirle a Olivia un solo café sin mi permiso durante el resto de su vida.

Álvaro deja el libro sobre la mesilla. Se quita las gafas. Las pone sobre el libro. Me mira.

—¿Y para qué la quieres?

—Para nada.

—¿Cómo para nada?

—Álvaro. Hoy he comido con Sofía en La Trastienda de Pozuelo Centro. Le he pedido que regularicemos su identidad legal y que

vuelva a llamarse Isabel del Río Andrade. Ha aceptado. Vamos a empezar el proceso. Voy a llamar mañana a un abogado de familia.

—Marta.

—Esta grabación, si la guardo, es una pistola en mi cajón. Voy a vivir el resto de mi vida sabiendo que tengo la pistola. Si Sofía se desvía un milímetro, voy a tener la tentación de usarla. Y si no se desvía, voy a tener la tentación de inventarme que se ha desviado. Esta grabación me va a hacer mala con mi hermana durante años.

—Marta.

—Álvaro. Borra tú la grabación.

Álvaro me mira a los ojos.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué yo?

—Porque si la borro yo, voy a arrepentirme mañana. Voy a recordar el sonido del botón. Voy a creer que la borré por debilidad. Voy a buscarla en la papelera del móvil durante semanas. Si la borras tú, tengo un testigo. Tengo que esa decisión la tomé los dos. Y mi marido es la única persona en este mundo a quien yo le puedo pedir esto.

—Marta. Si esto sale mal con tu hermana algún año, te quedas sin red.

—Si esto sale mal con mi hermana, tendré que improvisar la red. Como hacen las personas que no graban a sus hermanas. Mi madre nunca me regaló una grabación. Mi madre no operaba con grabaciones. Yo no quiero ser de las que sí.

Álvaro coge el móvil. Lo desbloquea. Va a la grabación. Toca «eliminar». La aplicación pregunta «¿está seguro?». Álvaro toca «sí». La grabación desaparece de la lista. Va a la papelera. Toca «eliminar permanentemente». Confirma. Se elimina.

Me pasa el móvil. Las dos ventanas, vacías. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto.

—Hecho.

Yo le miro. Le doy un beso largo en los labios. Vuelvo a mi sitio. Apago la luz de mi mesilla.

Álvaro apaga la suya.

En la oscuridad me quedo mirando el techo. Yeso liso. Lámpara apagada. Una grieta minúscula en la esquina cerca de la ventana, esa grieta que el albañil iba a tapar y nunca tapó.

Y comprendo, mirando un techo de yeso vulgar de una urbanización vulgar, que acabo de tomar la única decisión que mi madre nunca pudo tomar. Mi madre fue una mujer que durante toda su vida operó con grabaciones — testamentos cerrados, instrucciones póstumas, residencias con silencios pagados. Mi madre nos quiso, a las dos, pero no confió en ninguna de las dos. Yo voy a confiar. Voy a confiar mal o voy a confiar bien. Pero voy a confiar.

Cierro los ojos.

Me duermo.

# Capítulo 38 · El abogado

El miércoles a las once de la mañana entro en el despacho de don Federico Sotillo, abogado de familia con bufete en la calle Génova de Madrid. Don Federico es un hombre de unos sesenta y cinco años, traje gris claro, pajarita de lunares — pajarita, como don Higinio el notario; los hombres mayores de derecho de provincias y los hombres mayores de derecho de Madrid, en este país, se reconocen entre ellos por la pajarita.

Le he pedido cita por mediación de Carolina Pereda. Carolina se sintió mal, supongo, después de la cena en casa de María, cuando comprendió que ella había sido el canal de chismes desde Sofía hasta el cole de Hugo. Carolina me llamó al día siguiente, me pidió perdón, me ofreció lo único que tiene su marido. Su marido es socio de don Federico.

Le explico el caso. Don Federico escucha sin interrumpir durante veintiocho minutos. Toma notas con un Pelikan de tinta turquesa. Cuando termino, asiente.

—Doña Marta. Resumo. Su hermana melliza, declarada desaparecida en mil novecientos noventa y cuatro a los doce años, fue en realidad trasladada por su madre a un convento en Salamanca. De ahí pasó a una familia adoptiva francesa en el dos mil. Ha vivido bajo identidad francesa hasta dos mil dieciocho. En dos mil dieciocho regularizó su DNI español como Sofía Cárdenas Aroca, basándose en documentación parcial del registro consular. Hoy, su hermana quiere recuperar su identidad civil original — Isabel del Río Andrade — y usted le quiere apoyar.

—Exacto.

—Bien. Doña Marta, esto se resuelve. Es laborioso pero no complicado. La vía es la siguiente. Solicitamos al juzgado de primera instancia de Salamanca, jurisdicción del registro civil que custodiaba

la inscripción original de Isabel, una declaración de subsistencia de identidad. Aportamos como pruebas: el DNI actual de su hermana, las cartas de la madre que demuestran continuidad biográfica, una prueba de ADN comparada con usted, y, si es posible, testimonio de la madre superiora del convento de las Carmelitas si todavía vive. El juez declara la equivalencia entre Sofía Cárdenas Aroca y la persona originalmente inscrita como Isabel del Río Andrade. Restablece la inscripción de Isabel en el registro civil. Cancela como duplicidad la inscripción de Sofía Cárdenas Aroca de mil novecientos noventa y siete. Su hermana queda legalmente Isabel del Río Andrade, hija de don Antonio del Río y doña Mercedes Andrade, nacida en Salamanca el doce de marzo de mil novecientos ochenta y dos.

—¿Cuánto tarda?

—Seis a ocho semanas, doña Marta, si no hay sorpresas.

—¿Qué sorpresa habría?

—La principal: que la familia adoptiva francesa, los padres de Lyon de su hermana, sigan vivos y tengan algún tipo de objeción. Lo improbable, pero hay que comprobar. La segunda: que el ADN salga distinto al esperado. Lo improbable, pero hay que hacerlo. La tercera: que algún juez instructor decida investigar a la madre fallecida — su madre, doña Mercedes — por sustracción de menor. Esto es teórico: la madre está muerta, el delito está prescrito, no hay parte denunciante. Pero un juez puede iniciar la pieza separada y cerrarla sin más. Tres semanas extra.

—Don Federico.

—Dígame.

—Yo voy a firmar lo que haga falta. Mi hermana también. Quiero que usted prepare los papeles esta semana. Quiero que el ADN se haga el lunes que viene. Y quiero que la solicitud entre en el juzgado de Salamanca antes de fin de mes.

Don Federico sonríe. Es la primera vez en cuarenta minutos que sonríe.

—Doña Marta. Va a ser un placer trabajar con usted.

Firma una hoja. Me pasa el bolígrafo. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice debajo de la mesa. Lo suelto. Yo firmo. Le doy la mano. Salgo.

En la calle Génova a la una de la tarde, con sol oblicuo entre los edificios viejos, comprendo dos cosas. Una. Acabo de dar el paso administrativo que mi madre evitó dar durante veinticuatro años. Mi madre podía haber hecho esto en mil novecientos noventa y cuatro. Podía haberlo hecho en dos mil. Podía haberlo hecho en dos mil dieciocho. No lo hizo. Yo, en cambio, lo voy a hacer.

Dos. Acabo de devolverle a Isabel el nombre que mi madre le robó. Y eso, en una vida, es la única cosa que un familiar le puede devolver a otro cuando el familiar de en medio ya no está.

Bajo a la parada de taxis. Pido uno hasta Pozuelo. Le digo a Sofía por WhatsApp:

> *Firmado. Lo presentamos en tres semanas. La prueba de ADN, el lunes a las once en una clínica de Madrid. Te paso la dirección.*

Tarda dos minutos en responder.

> *Marta. Gracias.*

Yo no contesto. No hace falta.

---

# Capítulo 39 · La audiencia

Seis semanas después, un viernes de noviembre a las once y veinte de la mañana, Isabel y yo entramos por la puerta lateral del juzgado de primera instancia número cuatro de Salamanca. Llevamos las dos un traje sobrio. El de Isabel azul marino. El mío gris oscuro. El abogado, don Federico, va a un metro detrás de nosotras, con un maletín de cuero antiguo. La audiencia está señalada en privado, sin público, conforme al protocolo de identidad civil de Salamanca.

Subimos a la sala. La sala número siete. Mesas de madera oscura. Una bandera de España. Un escudo. La jueza, doña Pilar Esteban Garcés, una mujer de mi edad, traje negro, gafas de pasta, expediente sobre la mesa. La secretaria. Don Federico. Don Higinio Vázquez, que ha venido a declarar como notario que custodió las cartas. Sor Eulalia, la madre superiora del convento — viva, casi noventa años, vino en silla de ruedas desde Salamanca. Yo. Isabel.

La jueza nos lee el procedimiento. Pregunta a Isabel si declara voluntariamente. Isabel dice que sí. Pregunta a Isabel su identidad. Isabel dice: «Hasta hoy, Sofía Cárdenas Aroca. A partir de la sentencia, si el tribunal lo acuerda, Isabel del Río Andrade». La jueza asiente.

La sesión dura cuarenta minutos.

Sor Eulalia declara primero. Reconoce a Isabel sin titubeos: «Es la niña que mi madre superiora anterior recibió de doña Mercedes en septiembre de mil novecientos noventa y cuatro. La he visto cinco veces en estos treinta y dos años. La última en dos mil dieciocho». La jueza apunta.

Don Higinio declara: «Custodié, desde dos mil dieciséis, instrucciones póstumas de doña Mercedes que la identificaban a ella como hija biológica. La madre lo confesó por escrito. Aporto a la sala el testamento ológrafo de dos mil dieciséis y los anexos. Aporto

también el certificado de la prueba de ADN comparada con doña Marta del Río que el laboratorio ha entregado este lunes».

Don Federico aporta el ADN. La jueza lo lee. Compatible al cien por cien con perfil de hermana.

La jueza me hace una pregunta corta.

—Doña Marta. ¿Reconoce usted a la solicitante como Isabel del Río Andrade, su hermana melliza, hija de los mismos padres, nacida el mismo día?

—La reconozco.

—Doña Marta. ¿Apoya usted la solicitud de restablecimiento del nombre?

—La apoyo.

La jueza dicta sentencia oralmente. Restablece la inscripción de Isabel del Río Andrade Andrade en el registro civil de Salamanca. Cancela la inscripción de Sofía Cárdenas Aroca como duplicidad administrativa. Ordena al registro civil la corrección. Da por terminada la audiencia.

Salimos.

En el pasillo del juzgado, don Federico recoge papeles. Sor Eulalia se va con la cuidadora hacia la puerta. Don Higinio nos da la mano a las dos. Nos dice: «Doña Marta, doña Isabel. Doña Mercedes estaría tranquila».

Bajamos las escaleras del juzgado a la una y diez de la tarde. Salimos a la plaza. El cielo es alto, claro, sin nubes. Salamanca en noviembre tiene una luz especial, oblicua, que no entiendo del todo.

Caminamos las dos hacia el coche. Don Federico se ha despedido. Vamos solas.

Llegamos a mi Mini. Las dos paradas al lado de la puerta del copiloto.

Isabel me mira.

—Marta.

—Isabel.

—¿Voy contigo a Pozuelo o me quedo aquí?

Aprieto las llaves en la palma. Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo suelto. Cierro los ojos un segundo. Los abro.

¿Cómo se cierra una vida de hermana después de treinta y dos años?

—Vente.

Isabel asiente. Sube al coche. Yo subo. Arranco. Salimos de Salamanca por la autovía A-50 hacia Madrid.

Las dos calladas.

A la altura de Ávila, Isabel saca de su bolso una foto pequeña. La pone sobre el salpicadero. Es la Polaroid del verano del ochenta y siete, las dos en el patio de los abuelos, las dos con los polos azules. La que mi madre escribió en el reverso, la misma. Solo que la suya es la otra copia: mi madre las mandó hacer dos.

—La tuya está en mi recibidor enmarcada —dice Isabel—. Yo robé la tuya en el dos mil dieciocho cuando fui a Salamanca por las cartas. No sabía que iba a vivir contigo. La cogí porque era lo único que tenía físico de las dos. Si quieres, te la devuelvo.

—Quédatela.

—Vale.

—Y la del aparador pequeño de tu recibidor, cuando me la enseñes.

—Cuando quieras.

Pasamos Ávila. Pasamos San Rafael. Pasamos Las Rozas. Llegamos a Las Encinas Bajas a las tres y diez de la tarde.

Cada una entra en su casa.

A las cuatro Isabel me llama por WhatsApp: «¿Cenamos los cinco esta noche? Yo cocino». Yo le digo: «Sí». Hugo se entera por Olivia. Olivia se pone a aplaudir.

A las nueve los cinco estamos en la mesa del salón de Isabel. Olivia delante de mí. Hugo delante de Isabel. Álvaro a mi lado. La jazminera del porche se ve por la cristalera. Isabel ha preparado sopa de pescado y pollo asado.

La cena dura dos horas.

Me río tres veces.

# Capítulo 40 · La caja del ático

Tres semanas después, un domingo de diciembre por la tarde, subo al ático del estudio anexo a buscar una caja de muestras de tela para una clienta nueva. Y, mientras subo, comprendo que no he subido al ático desde la tarde de septiembre en la que descubrí la caja con la palabra «1994» escrita en rotulador rojo por mi madre.

Han pasado dos meses y medio. La caja sigue donde la dejé — empujada al fondo, debajo del arcón viejo de los abuelos de Álvaro. Aprieto el flexo amarillo de pinza. Empujo el arcón quince centímetros. Saco la caja. Pesa.

La bajo. La pongo sobre la mesa del comedor.

Olivia entra en el salón con su peluche. Lo deja en el sofá. Mira la caja.

—Mami. ¿Es de la abuela?

—Sí, mi vida. Es de la abuela.

—¿La abuela Mercedes?

—Sí.

—¿Te la dejó?

—Me la dejó.

—¿Puedo ayudarte a abrirla?

Aprieto el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice. Lo aprieto. Lo suelto.

—Sí, princesita. La abrimos las dos.

Olivia se sube al sofá. Se sienta a mi lado, con las dos piernas dobladas debajo del cuerpo. Le doy las tijeras pequeñas. Le pido que corte la cinta de embalar. Olivia corta despacio. Corta bien. Corta una tira. Otra. Otra. La cuarta.

Levanta la tapa.

Dentro hay un cuaderno. Tapas duras, cubierta de tela azul oscuro, lomo cosido a mano. Sobre la cubierta, escrito en bolígrafo blanco, dice: «Para Marta y para Isabel. Las dos».

Y debajo del cuaderno, otros tres cuadernos iguales. Cuatro cuadernos en total. Cada uno con un año en el lomo: «1994-2000», «2000-2008», «2008-2014», «2014-2017».

Mi madre, durante veintitrés años, escribió un diario doble. Dos columnas paralelas en cada página. La columna izquierda — escrita en azul — para Isabel. La columna derecha — escrita en negro — para mí. Cada día, o casi cada día, mi madre nos escribió a las dos en simultáneo. Lo que nos hubiera querido contar a las dos, juntas, si las dos hubiéramos estado en la misma casa.

Saco el primer cuaderno. Lo abro al azar. Una página. Treinta de marzo de mil novecientos noventa y siete. Columna izquierda: «Isabel, hoy he soñado contigo. Estabas en una huerta donde la luz era distinta. Yo no podía entrar pero te veía cortar tomates. Tu hermana al lado, también cortaba. Las dos estabais riéndoos.» Columna derecha: «Marta, hoy me han llamado para preguntar si te apuntabas al campamento de Los Negrales en julio. He dicho que sí. Te he comprado unas botas marrones que te van a gustar.»

Cierro el cuaderno.

Olivia me mira.

—¿Qué pone, mami?

—Cosas, princesita. Cosas de la abuela. Te las voy a leer despacio. Una cada noche. ¿Vale?

—Vale, mami.

—¿Llamamos a la tía Isabel para que venga?

—Sí.

Cojo el móvil. Le mando un mensaje.

*Isabel. Sube. Tengo una cosa que es para las dos.*

Tarda dos minutos.

Suena el timbre. Voy a abrir. Isabel pasa. Lleva un cárdigan beige. Se sienta en el sofá. Le doy el cuaderno azul oscuro. Lo abre. Lo lee. Lee la primera página.

Sus ojos se llenan.

Olivia, en mi regazo, mira a la una y a la otra.

Y entendí, esa tarde de domingo en el ático, que mi madre nos había escrito durante treinta y dos años. A las dos. Y que esa caja era el último regalo que tenía pendiente de entregarme.

# Agradecimientos

Esta novela existe gracias a las lectoras de *Mi marido sabe demasiado*, mi primer libro, que me escribieron tras leerlo pidiendo una historia con dos hermanas. *La nueva vecina* es para ellas.

Gracias a los notarios y abogados de familia de Castilla y León que respondieron a mis preguntas sobre testamentos ológrafos, instrucciones póstumas y restablecimiento del registro civil. Cualquier inexactitud técnica es enteramente mía.

Gracias a las amigas que vivieron la mudanza de una vecina nueva a su urbanización y me contaron, con humor seco, cómo la observaron durante semanas antes de saludarla. Su paranoia cotidiana es la que ha alimentado el primer acto de este libro.

Y, por encima de todo, gracias a quien me lee y se queda hasta la última frase. Sin lectoras curiosas no hay historia que merezca contarse.

# Otras obras de Clara Serrano

*Mi marido sabe demasiado* (2026). El día que Andrea Sáez ve en el móvil de su marido un nombre que llevaba diecisiete años creyendo enterrado, su matrimonio aparentemente perfecto en el Eixample de Barcelona empieza a desmoronarse. Suspense doméstico psicológico para terminar en una sola noche. Disponible en Kindle y Kindle Unlimited.

# Una nota de la autora

Si esta novela te ha mantenido en vela hasta tarde, considera dejar una reseña corta en Amazon. Para una autora independiente, las reseñas valen más que los anuncios. Tres frases honestas son suficientes.

Si quieres saber qué historia llega después, sigue a Clara Serrano en su página de Author Central.

Gracias por leer.

— C. S.